BIBLIOTECA DE EL EVANGELISTA

EL TABERNÁCULO

DEL

TESTIMONIO

por

ENRIQUE PAYNE

Reimpreso de EL EVANGELISTA y aumentado

DEPÓSITO DE LA
SOCIEDAD DE PUBLICACIONES RELIGIOSAS
FLOR ALTA, 2 Y 4, 1.º
MADRID
1925

ES PROPIEDAD.
COPYRIGHT, 1925,
POR ENRIQUE PAYNE.

Tipografía de M. Berdós, calle de las Molas, 31 y 33. — Barcelona

EL TABERNÁCULO DEL TESTIMONIO

PRÓLOGO

La obra de Dios en la revelación que ha hecho de sí en su santo Libro, es una maravilla grande que se va abriendo y desarrollando más y más ante los ojos del hombre regenerado hasta llegar al infinito, más allá de la posibilidad de su alcance. Las obras de Dios en la creación son maravillosas y dan campo ilimitado al hombre de talento más iluminado, campo en que se deja ver la eterna potencia y divinidad del Creador. Pero en el libro de la Revelación hay una manifestación del corazón del mismo Dios eterno y Autor de todas las cosas a un ser miserable, esclavo del pecado, a quien saca de su estado de miseria y le guía por el camino de vida y felicidad. Esta obra de la redención del hombre es la que causa la admiración de seres gloriosos que jamás pecaron y ven en ella la multiforme sabiduría de Dios.

La entrada del pecado en el mundo fué la ocasión que Dios tomó para hacer la revelación de su amor para con el delincuente. Pero, ¿cómo darla a conocer a quien tiene el entendimiento entenebrecido? ¿Cómo llamarle la atención al camino de luz y vida, cuando prefiere el de tinieblas y muerte? He aquí otro problema que sólo la sabiduría de Dios, movida por un amor entrañable, podría resolver.

Desde luego Dios se valió de figuras, o tipos naturales, que representasen ciertas verdades relacionadas con el estado de pecado en que el hombre se hallaba, y al mismo tiempo relacionadas con la santidad de Dios, la que, lejos de empañarse, brillara más por la justicia con que se obró en el modo de rescatar al mísero mortal.

Así hallamos a Abel, al principio de nuestra historia, que ofrece un cordero inocente en sacrificio, figura del Redentor, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, en quien Abel puso su fe, y alcanzó testimonio de que era justo.

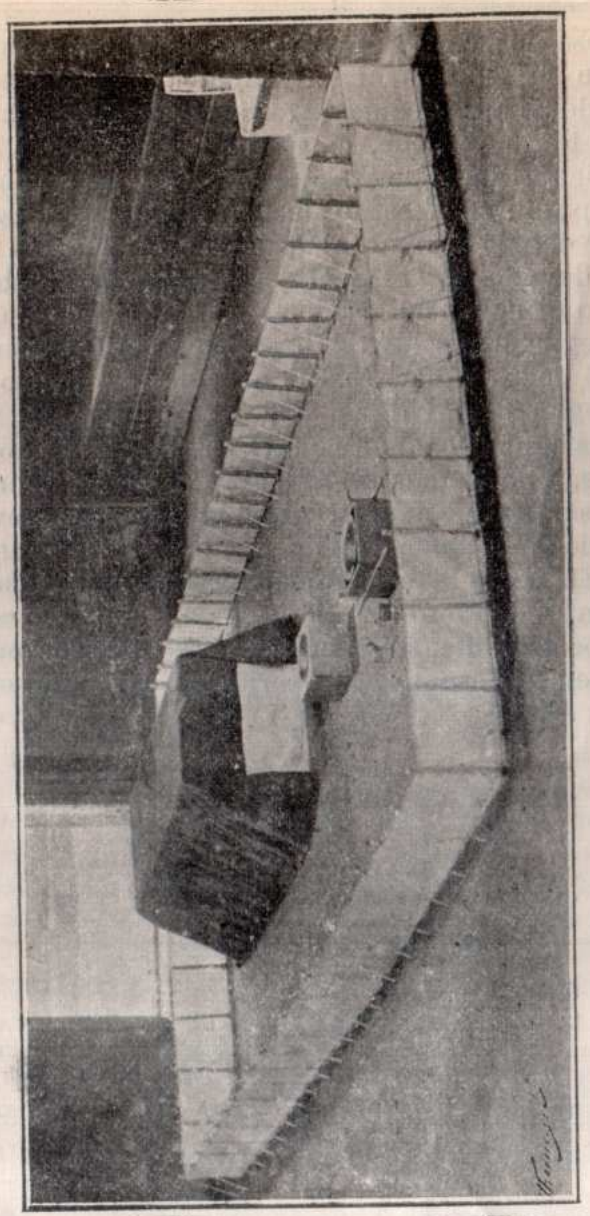
Pasados así los primeros siglos de nuestra raza, Dios quiso ensanchar mucho más su revelación, dando a los hombres a entender cosas que jamás habrían entrado en corazón humano, del amor eterno revelado en la obra de nuestra redención. Y este ensanchamiento de la revelación del amor de Dios se halla en EL TABERNÁCULO con todos sus vasos, el dechado del cual le fué mostrado a Moisés en el monte de Sinaí, con el mandato que lo construyera conforme con aquel dechado.

Al intentar exponer algunas de las verdades representadas en el Tabernáculo del Desierto, nos damos razón de que el asunto es inmensamente mayor que nuestra capacidad, y que si nuestra exposición de las verdades espirituales del Tabernáculo ha de servir de algo al lector, ha de ser por una constante referencia a otros pasajes de las sagradas Escrituras que iluminen con su resplandor las figuras empleadas en la construcción del Tabernáculo.

Nuestro deseo es sencillamente prestar la mano a nuestros amigos para que ellos por sí puedan continuar la obra de escudriñar las Escrituras que siempre dan más y más luz.

En la profecía de Ezequiel tenemos una figura apta

y hermosa de como Dios revela las verdades espirituales de su Palabra al entendimiento de sus hijos, adaptándolas a la medida de fe del más pequeño, hasta llegar a lo que excede, como dice el Apóstol, a todo conocimiento. La figura a que nos referimos se halla en el capítulo 47, y es de un arroyuelo cuyas aguas salían de debajo del umbral de la casa de Dios. El profeta es llevado por el Señor mil codos hacia abajo, siguiendo el curso del arroyuelo, y atravesándolo, las aguas llegan hasta los tobillos. Luego el Señor mide otros mil codos y hace pasar al profeta, cuando las aguas llegan a las rodillas. Mide otros mil codos, y al pasar, las aguas llegan a los lomos, y por último, otros mil codos, y las aguas se han alzado tanto que no se podía pasar sino a nado. De esta manera Dios revela el misterio de su amor a quienes se prestan a ser guiados por El. Léase la oración del apóstol Pablo en favor de los santos de Éfeso (Efesios 3. 15-21), y que se cumpla en nosotros mientras continuamos nuestras meditaciones en este asunto del Tabernáculo del Testimonio.



EL TABERNÁCULO Y SU ATRIO

EL TABERNÁCULO Y SU ATRIO

Hace casi treinta años que publicamos por primera vez una serie de artículos sobre este asunto del Tabernáculo del Testimonio, acompañados de varios grabados sacados de fotografías de un modelo que hicimos del Tabernáculo y sus vasos o muebles. No pretendemos que nuestro modelo sea perfecto, ni mucho menos; sin embargo, podemos decir que fué hecho teniendo en cuenta cada palabra en el original hebreo, de la descripción dada para la construcción del Tabernáculo como también varias traducciones consultadas.

Tan pronto como el hombre cayó en el huerto de Edén, Dios en su gran misericordia para con él, comenzó a revelar el camino por el cual, no sólo podría volver a Dios y ser perdonado, sino que entrara a entender más de la gracia de Dios, y gozar de mayores bendiciones que las que había perdido por su desobediencia. Pero esta revelación de gracia fué una obra gradual. Desde el principio se dió a entender que el pecado es cosa tan grave que merece la muerte y, por consiguiente, que el hombre necesitaba un Redentor que pagase por él, que le sacase de su estado de condenación en que había caído. Así tenemos desde el principio la institución de sacrificios de animales, enseñando que sin el derramamiento de sangre no se hace remisión de pecado. Se requería en aquel que ofrecía el sacrificio que tuviera fe en el Redentor que había de venir, de que el animal inmolado era figura. Así se dice que «por la fe Abel ofreció mayor sacrificio que Caín, por la cual alcanzó testimonio de que era justo, dando Dios testimonio a sus presentes; y difunto, aún habla por ella.»

Más tarde se hace mención de un altar que Noé

edificó a Jehová, en el cual ofreció de todo animal limpio un holocausto. La palabra *altar* en castellano trae la idea de un lugar elevado en forma de mesa. Pero la palabra hebrea traducida altar no nos da la idea de altura, sino sencillamente de un lugar donde los animales eran inmolados en culto a Dios. Así los varones de fe en la antigüedad se acercaban a Dios confiados en la promesa dada por Dios del Redentor que debía venir en el cumplimiento del tiempo. Pero llegado el tiempo de la formación de un pueblo de la familia de Abraham, familia separada de todas las demás familias de la tierra, entonces Dios dió a Moisés instrucciones muy detalladas, no tan solo de los sacrificios y del altar del holocausto, sino de un tabernáculo con todas sus dependencias y ordenanzas, de que el Apóstol dice que «sirven de bosquejo y sombra de las cosas celestiales, como fué respondido a Moisés cuando había de acabar el tabernáculo: *Mira*, dice, *haz todas las cosas conforme al dechado que te ha sido mostrado en el monte.*» (Hebreos 8. 5).

El asunto, pues, que volvemos a tratar ahora es un asunto de sumo interés para el creyente. Porque no sólo le enseña el camino por el cual se acerca a Dios para obtener el perdón de sus pecados, sino cómo llega a ser adorador de Dios en vista de las maravillas de gracia representadas por estas sombras del Tabernáculo, entendiendo por ellas como Dios quiere morar en medio de su pueblo para guardarlo y protejerlo y suplirle de cuanto le haga falta hasta que llegue a la tierra de promisión.

Este primer grabado representa *el Tabernáculo y su Atrio*. El Tabernáculo consistía de dos aposentos, separados el uno del otro por un velo o cortina: el primero fué llamado el «lugar santo», o el santuario (Éxodo 26. 33; Hebreos 9. 2); y el segundo «el lugar santísimo».

EL ATRIO

Alrededor del Tabernáculo había el Atrio (Véase Éxodo 27. 9-18) formado de cortinas de lino fino, sostenidas por 60 columnas. Esta cerca tenía 5 codos, o sean 2'50 metros de altura. Las columnas descansaban en otras tantas basas de metal (cobre), y tenían cabezas cubiertas de plata, y varillas de plata que enlazaban columna con columna, uniendo así con plata todas las columnas en derredor del atrio.

El atrio tenía 50 metros de largo por 25 de ancho. En el ancho del atrio, a la parte oriental, estaba la puerta. En Éxodo 27. 16, leemos: Y a la puerta del atrio habrá un pabellón de veinte codos (o sean 10 metros) de cárdeno y púrpura y carmesí, y lino torcido, de obra de bordador». La palabra traducida *puerta* expresa propiamente la abertura, y *pabellón*, la cortina que colgaba en ella.

ENSEÑANZA ESPIRITUAL

En el capítulo 25 de Éxodo tenemos una lista de diferentes materiales que Moisés debía aceptar del pueblo de Israel de todo varón que lo diere de su voluntad, de corazón, para la construcción del Tabernáculo, un santuario para que Dios habitase entre ellos. ¡Qué maravilla! Ante ella Salomón exclama admirado, y refiriéndose al Templo que había edificado: «Empero ¿es verdad que Dios haya de morar sobre la tierra? He aquí que los cielos, los cielos de los cielos, no te pueden contener: ¿cuánto menos esta casa que yo te he edificado?» Y la maravilla se engrandece cuando consideramos al pueblo entre el cual el Dios del cielo se dignó morar. ¿Y qué era aquel pueblo? Pues eran los descendientes de Abraham, y el número

de los varones de veinte años arriba era 603,550. Además, había los menores de veinte años, las mujeres y los de la tribu de Leví que no entraban en la cuenta con los demás; de modo que podemos suponer que habría entre todos unos tres millones de personas que acababan de salir de Egipto, de un estado de miserable esclavitud, con inclinaciones pervertidas y costumbres malas que habían aprendido en el país de su esclavitud. Y ¿es posible que Jehová, el Alto y Sublime que habita la eternidad, cuyos santos ángeles que le sirven se cuentan por millones de millones, es posible que se digne morar y andar en medio de esta insignificante nación, cuyo estado espiritual es rematadamente pecaminoso? Así es.

Pero ¿cómo hermanar la santidad y la justicia del tres veces santo Jehová de los ejércitos con un pueblo de corazón perverso y costumbres corrompidas? Se levanta una muralla de imposibilidades humanamente hablando; porque la santidad y la justicia de Dios han de quedar eternamente incólumes. Sin embargo Dios ha hallado el medio, y ante esta maravilla de redención el apóstol Pablo exclama: «¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios, e inescrutables sus caminos!» Jesu-Cristo, el Verbo, «fué hecho carne y habitó entre nosotros, y vimos su gloria—dice el apóstol Juan—gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad». El Tabernáculo, siendo un bosquejo y sombra de Jesu-Cristo en su obra de redención, nos ayuda a entender algo más del misterio de nuestra salvación.

Miremos, pues, las figuras. *El atrio* se formaba de una cerca de cortinas de lino fino. En las sagradas Escrituras lino fino es simbólico de la justicia que siempre se mantiene alrededor de la morada de Dios. Esta cerca de justicia se sostenía por medio de columnas, varillas de plata entre columna y columna, cuerdas y estacas de metal. Véase el grabado. Todas estas cosas precisas para el sostén de las cortinas parecen indicar la firmeza inquebrantable de Jesu-Cristo en su propósito de llevar a cabo la obra que Dios le dió que hiciese, sosteniendo siempre la santidad y la justicia de Dios, para que fuese posible la salvación del hombre. Vedle ante el sacerdote, Caifás, como puso su rostro como un pedernal ante los esputos de los hombres. Contempladle en la cruz cuando abandonado de Dios, exclamó: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has dejado?» y El mismo da respuesta a su pregunta: «Tú empero eres santo, tú que habitas entre las alabanzas de Israel».

La puerta. Hemos visto que el atrio era un paralelógramo que media 50 metros de largo, por 25 de ancho. En el lado oriental, de 25 metros de ancho, estaba la puerta y su pabellón, o sea la cortina. Lo que nos llama la atención en esta puerta es su anchura; tenía 10 metros de ancho, que parece dar a entender el aspecto ancho del amor de Dios para con todo aquel que quiere acudir a El. Nos recuerda versículos como los siguientes: «De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo Unigénito, para que todo aquel que en El cree, no se pierda, mas tenga vida eterna». «Yo soy la puerta, dijo Jesús: el que por mí entrare será salvo». ¡Ah! ¡Cuántas otras puertas han sido inventadas por los hombres para llegar a Dios a pesar de las palabras terminantes de Jesu-Cristo, y de la misma verdad simbolizada por la puerta del atrio! ¡Qué terrible será el desengaño de los que han procurado llegar a Dios por otra puerta!

El pabellón, o sea la cortina de la puerta, era de lino fino como toda la cerca; pero con esta notable diferencia, que en la cortina de la puerta había una obra de bordador en colores de cárdeno (o azul), púrpura y

carmesí. Estos colores hermosos nos recuerdan como la compasión celestial de Jesu-Cristo se halla combinada a perfección con su autoridad sobre todas las cosas.

La palabra hebrea, *masach*, traducida pabellón, expresa la idea de protección y defensa. De modo que no solamente es Jesu-Cristo el camino, o la entrada a Dios, sino que es luego el protector de todos los que acuden a El en busca de refugio. El asunto se ensancha a medida que lo meditamos, pero hemos de atenernos a la brevedad.

EL ALTAR DEL HOLOCAUSTO

Éxodo 27. 1-8; 38. 1-7.

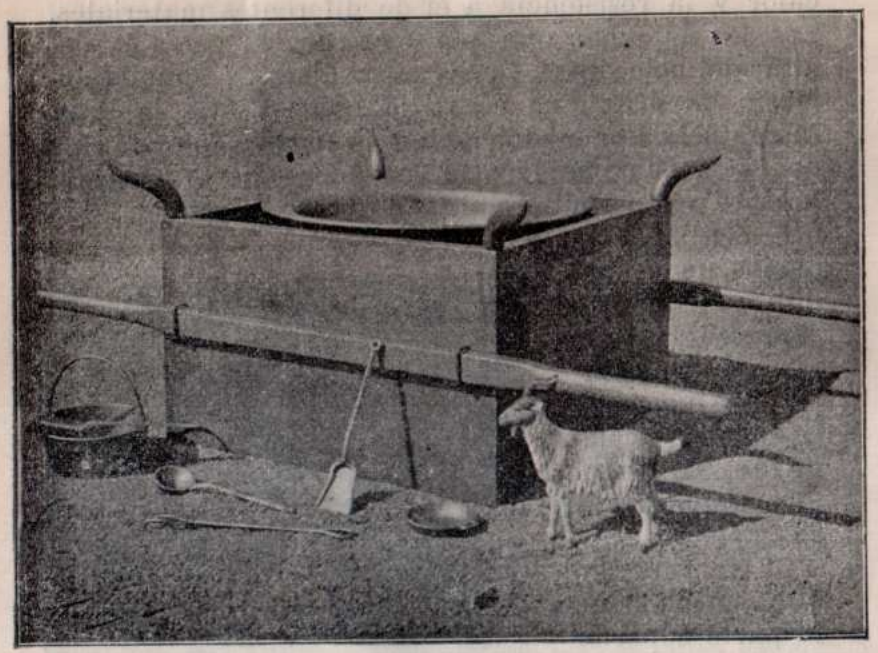
Dos materiales entraron en la construcción de este altar; madera y metal (1). Fué hecho de madera de sittim y cubierto de cobre. Era cuadrado; cada lado media cinco codos, o sea, 2'50 metros: la medida que correspondía al espacio entre columna y columna de la puerta y de todo el atrio. Su altura era de tres codos, o sea 1'50 metros.

La significación de una palabra hebrea del versículo 5, traducida en la Versión de Valera *cerco*, ofrece alguna dificultad, por cuanto no se halla en parte alguna de la Biblia, sino para designar esta parte del altar, o vaso perteneciente al altar.

Los más de los que han escrito sobre la construcción del Tabernáculo entienden, y con razón, que el enrejado de metal de obra de malla, formaba el fondo del altar colocado a la mitad de su altura; pero les ha parecido que sobre dicho enrejado los sacrificios eran quemados, y que las cenizas caían por el enrejado. Al

(1) La palabra hebrea se traduce generalmente *metal*, pero debe ser cobre o alguno de sus derivados.

pensar así olvidan que la palabra hebrea traducida *cerco* puede indicar un vaso que descansaba sobre el enrejado de metal. La Versión llamada de Ferrara, publicada por Manassé Ben Israel en el año 1630, refiriéndose al enrejado, dice: «debaxo del circuito de la ara de abaxo». La Versión de Scío dice: «fogón» por *cerco;* y en las Notas da la opinión «de que era una



EL ALTAR DEL HOLOCAUSTO

plancha de hierro puesta debajo de la red para recibir las cenizas y todo lo que caía de las parrillas o red. Pero hay una equivocación evidente en esto, puesto que el enrejado o la red, estaba debajo del fogón. En un diccionario hebreo publicado por la Casa Bagster de Londres se da la palabra *brasero* como la equivalente a la hebrea. Con estos datos delante entendimos

al hacer nuestro modelo del Tabernáculo que el altar tenía un brasero en que se quemaban los sacrificios y que descansaba sobre el enrejado: Por esto traduciríamos la frase de esta manera: «Y le has de poner (es decir el enrejado) debajo del brasero del altar, etc.»

No hace mucho tiempo que tuvimos ocasión de consultar con dos ingenieros entendidos en los grados del calor y la resistencia a él de diferentes materiales. Los dos opinaban que una construcción como la del altar del holocausto, hecho de madera, y aunque cubierto de metal, no resistiría muchos días la gran fuerza del calor producido por la quema en él de carne y sebo, si no hubiera un vaso bien abierto como un brasero que permitiera el fácil escape del calor.

A continuación damos un grabadito que también representa el altar del holocausto, para que nuestros lectores comparen. Creemos que tiene dos o tres defectos.

1.° El enrejado está colocado en la parte superior del altar, en lugar de estar a la mitad o en medio del altar.

2.° Le falta el brasero, o circuito, o fogón.

3.° Tiene una escarpa, sin duda añadida bajo la suposición que el sacerdote la necesitaría para poder llegar a atender el fuego del altar. Pero no hay nada de esto en las direcciones dadas a Moisés, ni hacía falta; pues el altar solamente tenía un metro y medio de altura y con los garfios bien podía hacer el sacerdote lo que se requiriese.

ENSEÑANZA ESPIRITUAL

La significación de nuestra palabra *altar* es mesa levantada, lugar alto. La palabra hebrea no lleva la idea de altura sino la de inmolación de víctimas. Así viene a representar el sacrificio de Jesu-Cristo, el Cordero de Dios. Jamás se expiaba el pecado aparte del altar del holocausto, y todos los actos de culto bajo la antigua ley, fuesen alabanzas o acciones de gracias, subían a Dios por medio del altar.

Por los materiales empleados en la construcción del altar—madera y cobre—entendemos que son un tipo de nuestro Salvador; la madera que representa su naturaleza humana y el cobre la divinidad de nuestro Redentor. El uso de metal o cobre en otras varias partes de las Escrituras nos da a entender su significación espiritual aquí. Nos recuerda la potencia del Señor Jesús para soportar todo cuanto demandaba de nosotros la justicia de Dios. Para llegar a nosotros y ofrecer por nosotros a Dios un sacrificio suficiente, convenía que el Salvador fuese hombre perfecto en todo y al mismo tiempo Dios. No pretendemos explicar este misterio, nos basta tenerlo revelado en las sagradas Escrituras, y comprendemos que otro ser no nos convendría, ni podría darnos paz.

El puesto del altar del holocausto era a la puerta del Tabernáculo; pero entre el altar y la puerta del Tabernáculo estaba la Fuente (Éxodo 40. 29, 30). De modo que cuando un israelita entraba por la puerta del atrio lo que veía delante de sí en camino a la puerta del Tabernáculo era este altar. Esto nos recuerda las palabras de Jesús: «Nadie viene al Padre sino por

mí». Ante el sacrificio de sí mismo en favor de nosotros, pecadores, aprendemos estas dos grandes verdades: cuán arruinados estamos por el pecado, y cuánto ha costado nuestra salvación. Vemos que el Dios justo no perdonó a su propio Hijo para podernos perdonar a nosotros. Y ahora, los que hemos aceptado por la fe esta salvación gratuita, nos hallamos en el terreno donde Dios nos enseña la grandeza y la perfección del sacrificio de Cristo; y esto es lo que nos llena el alma y la rinde en adoración a El entretanto que confesamos nuestro estado perdido por el pecado.

En la Epístola a los Hebreos, capítulo 13, ver. 15, el Apóstol, después de recordarnos como Jesús por su sangre nos santifica, dice: Así que, ofrezcamos por medio de él a Dios siempre sacrificio de alabanza, es a saber, fruto de labios que confiesan a su nombre».

El celestial Cordero
Con el pecado carga y su amargura:
Más noble y elevado sacrificio,
Y su sangre más pura.

En ti mi fe se apoya,
En ti, Jesús, mi gloria y mi embeleso,
En tanto que afligido y penitente
Mi culpa yo confieso.

La adoración mayor y más profunda que se rinde a la Majestad gloriosa de Dios, es la que sale del corazón de un pecador que se condena a sí mismo ante el trono de la gracia, y confía en la gracia libre y soberana de Dios.

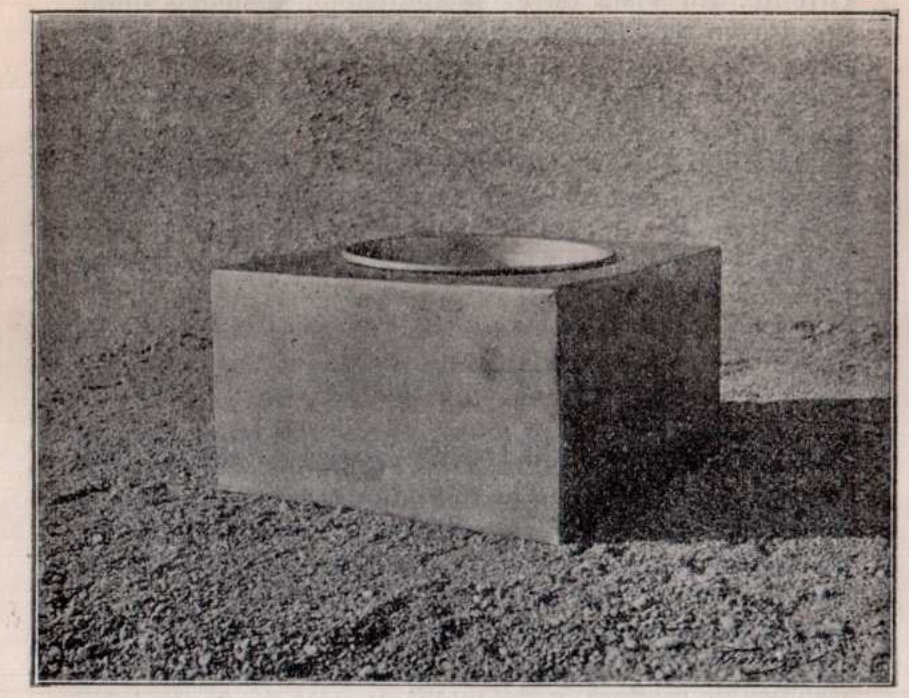
LA FUENTE Y SU BASA

Éxodo 30. 17-21; 38. 8.

Ninguna explicación se da de la forma ni de las medidas de este vaso o mueble. Esto, naturalmente, ha dado lugar a una variedad de representaciones. Tampoco hay instrucción alguna referente al modo de

trasladarla de un punto a otro. El vaso consistía de dos partes que se llaman *la fuente y su basa;* ambas partes eran de metal.

Al dar una forma que representara la fuente y su basa, hemos sido guiados por la consideración de dos hechos en particular:



LA FUENTE Y SU BASA

Primero, que la misma palabra traducida aquí *fuente,* en 2.ª Crónicas 6. 13 se traduce *púlpito;* y es tanto más de notar en cuanto que dicho púlpito fué hecho de metal y tenía las medidas exactas del altar del holocausto del Tabernáculo, que era el vaso o mueble que acompañaba la fuente.

Segundo: El mar de metal que hizo Salomón para el Templo, correspondía en su uso a la fuente del Tabernáculo, y era redondo de cinco metros de diámetro. Su basa debía de ser cuadrada, pues el mar descansaba sobre doce bueyes de metal, tres de los cuales miraban al Norte, tres al Occidente, tres al Mediodía y tres al Oriente. En vista de estas indicaciones hemos dado una forma redonda a la fuente propia y cuadrada a su basa. En cuanto a su medida, hemos tomado la del púlpito de Salomón, y así hace juego con el altar del holocausto del Tabernáculo. No lleva varas por razón del silencio de las Escrituras, que es significante. El puesto de la fuente era entre la puerta del Tabernáculo y el altar del holocausto. En ella se ponía agua, y de ella se lavaban los sacerdotes las manos y los pies siempre que iban a entrar en el Tabernáculo.

ENSEÑANZA ESPIRITUAL

En cuanto a la enseñanza espiritual que la fuente nos da, entendemos que representa la obra del Espíritu Santo, regenerándonos primeramente, y limpiándonos continuamente después por la aplicación de la Palabra de Dios a nuestras conciencias. En confirmación de esta enseñanza notamos que en la construcción de la fuente y su basa no entraba madera, sino metal solamente. En este particular se diferenciaba del altar que era de madera y de metal, y estos dos materiales representan al que era Hijo del hombre al mismo tiempo que era Dios. Y ¿no nos enseña también el silencio de las Escrituras referente a la forma, medidas y modo de trasladar la fuente, esta misma obra incomprensible del Espíritu de Dios en nuestras almas? Dijo Jesús a Nicodemo: «El viento de donde quiere sopla, y oyes su sonido, mas ni sabes de donde viene, ni donde vaya; así es todo aquel que es nacido del Espíritu» (S. Juan 3. 8). Leemos también en la Epístola a Tito del «lavacro de la regeneración, y de la renovación del Espíritu Santo». Y en Efesios se hace mención del «lavacro del agua por la palabra», donde también se enseña una obra constante producida por la palabra de Dios, bajo la figura de agua. *El altar*, nos enseña lo que hizo Jesu-Cristo, ofreciéndose a Dios en nuestro favor; *la fuente*, lo que se verifica en nosotros por el Espíritu Santo, para que podamos estar delante de Dios y servirle en santidad de vida.

Las palabras *su basa* parecen indicarnos el apoyo sobre que descansa la fuente aquí en la tierra, que no es de la tierra, ni tiene contacto con ella. Así el nuevo nacimiento de que Jesu-Cristo habló a Nicodemo, es cosa que por necesidad ha de experimentarse aquí en la tierra, pero su procedencia es de arriba.

Conviene tener presente que estas figuras de cosas espirituales nos enseñan un grado progresivo *de conocimiento y experiencia espirituales*, y no grados progresivos *de salvación*. Aquel que acaba de entrar por la puerta, o en otras palabras, aquel que acaba de creer en Jesu-Cristo como su único Salvador, es tan salvo y justificado, como el que ya de mucho tiempo contempla a Cristo como el Cordero de Dios, y entiende que ha sido regenerado por el Espíritu de Dios. El apóstol Pablo dice a los Corintios: «Mas ya sois lavados, mas ya sois santificados, mas ya sois justificados en el nombre del Señor Jesús, y por Espíritu de nuestro Dios» (1.ª Corintios 6. 11). Hay, sin embargo, alturas y profundidades en la obra de nuestra redención que no hemos entendido aún. Los creyentes que vivían en los tiempos del Tabernáculo no entendían lo que nosotros podemos entender ahora, pero eran igualmente salvos y justificados como todos los creyentes de Jesu-Cristo acá.

EL GRABADITO

Al publicar estos grabaditos, que se apartan en algo de los otros, es con la intención de que nuestros lectores los comparen y juzguen por el texto sagrado.

Ya hemos dicho que en la descripción de los varios vasos del Tabernáculo se omite por completo toda referencia a la forma de la fuente. El silencio de la Escritura tiene su enseñanza como la tienen sus palabras. Creemos que en este caso nos indica que la obra del Espíritu Santo en el que cree, es obra experimentada, mas no es susceptible a una explicación, como, por ejemplo, lo es la obra de Cristo en la cruz cuando El murió, el justo por los injustos.

Nos parece que el grabadito adolece de defectos, debidos tal vez a la versión inglesa de la Biblia que dice literalmente: *La fuente y su pie*. En la versión castellana lo tenemos vertido con más exactitud: *La fuente y su basa*, dando a entender dos partes distintas, y no una sola pieza. La palabra basa indica algo más de asiento firme que la palabra pie.

LAS CORTINAS DEL TABERNÁCULO

Éxodo 26. 1-14; 36. 8-19.

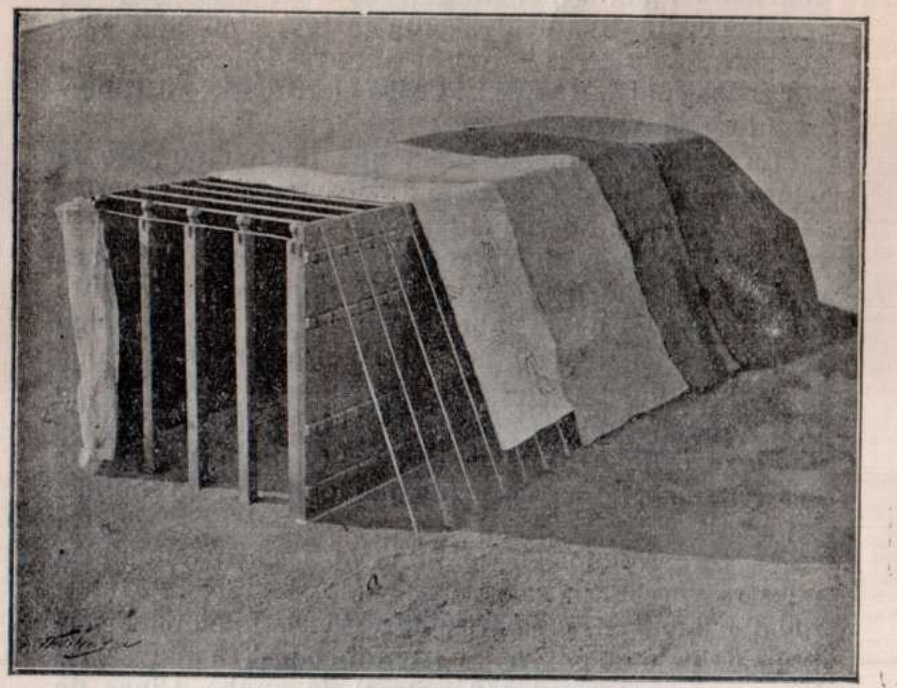
Si tomamos las cosas en el orden en que las hallamos desde afuera hacia adentro, llegamos ahora a las cubiertas y cortinas que formaban el Tabernáculo. En el grabado, pág. 22, están colocadas no como estaban puestas ordinativamente según la ley, sino cada una doblada hacia atrás para que nuestros lectores puedan ver todas cuatro a la vez. (Véase el grabado: El Tabernáculo y su Atrio.)

La primera cubierta, o la que iba encima, era de cueros de tejones; y la segunda de cueros de carneros, teñidos de rojo. No se da la medida de estas dos cubiertas, pero se deja entender que la de cueros de tejones era mayor que la de cueros de carneros, en cuanto que la exterior debía cubrir la que estaba debajo; como también la cortina de pelo de cabras era mayor que la de lino fino que estaba debajo de todo. Tampoco se dice nada de juntura por medio de lazadas y corchetes en las dos cubiertas de cueros, como hallamos en las dos cortinas, y se entiende que iban sin esta juntura especial.

La tercera cubierta se llama *la Tienda*, aunque en nuestra versión no se ha observado siempre la exactitud que debía en este particular. Consistía en once cortinas de pelo de cabras de treinta codos (15 metros) de largo por cuatro codos (2 metros) de ancho. Cinco de estas cortinas eran juntadas aparte, y las otras seis en otra parte; formando así dos cortinas grandes desiguales que se juntaban en una por medio de lazadas que había en dos de sus orillas, con corchetes de metal.

La cuarta cubierta, o sea la interior, es llamada propiamente *el Tabernáculo*. Consistía en diez cortinas de lino fino torcido. Estas tenían veintiocho codos

(14 metros) de largo, o sea, dos codos menos que la de pelo de cabras, y cuatro codos (2 metros) de ancho. Cinco de estas cortinas se juntaban en una sola, y las otras cinco en otra. Luego las dos se juntaban por medio de lazadas de color azul que había en dos de sus orillas, con corchetes de oro, formando así un *Tabernáculo*. En estas diez cortinas de lino fino había obra recamada



LAS CORTINAS DEL TABERNÁCULO

en los mismos colores que hallamos en la puerta del atrio, es decir azul, púrpura y carmesí, solamente que en estas cortinas se dejaban ver por los diferentes colores las figuras de querubines, cosa que no hallamos en la cortina de la puerta.

La juntura hecha por los corchetes, tanto en el Tabernáculo de lino fino, como en la Tienda de pelo de cabras, caía justamente por encima de donde se colgaba el velo que separaba el santuario del lugar santísimo. La sexta cortina de pelo de cabras, que era la que excedía en anchura a la cortina de lino fino, caía delante del Tabernáculo, y los dos codos que tenía más de largo, caían uno a cada lado del Tabernáculo, cubriéndolo por completo.

ENSEÑANZA ESPIRITUAL

Las cortinas y cubiertas de que tratamos como formando la habitación de Dios eran figura y tipo de Cristo. En apoyo de esto citaremos dos versículos solamente: «El Padre que está (o mora) en mí» (S. Juan 14. 10). «Porque en él habita toda la plenitud de la Divinidad corporalmente» (Colosenses 2. 9).

La cubierta de cueros de tejones nos enseña lo que era Cristo en el parecer de las gentes. Las sagradas Escrituras habían anunciado que había de ser despreciado y desechado, como así lo fué, a pesar de que iba haciendo bienes a todos los necesitados del pueblo. Como la cubierta de cueros de tejones no tenía nada de hermoso, así Jesús a los hombres del mundo no presentaba nada de atractivo. Y en tanto que sus discípulos de hoy sigan en sus pisadas su experiencia será muy parecida. El mismo dijo: «El discípulo no es más que su Maestro, ni el siervo más que su Señor. Bástale al discípulo ser como su Maestro, y al siervo como su señor: si al padre de familia llamaron Beelzebub, ¿cuánto más a los de su casa?»

La cubierta de cueros de carneros teñidos de rojo. El carnero fué escogido por Dios como víctima que debía ser sacrificada para consagraciones; así los cueros de estos animales parecen indicarnos aquel carácter del

Señor Jesús que se dejaba ver en El como de uno consagrado a hacer la voluntad de Dios, aunque los hombres no lo percibían. En general, los que vieron a Jesús, solamente entendían lo que se representaba por la cubierta exterior del Tabernáculo, la de cueros de tejones. Los que sabían profundizar algo más se quedaban a veces admirados de sus doctrinas y de sus milagros; y sin embargo, no se dieron cuenta de quién era. Quizás sea por esto que no se dan las medidas de estas dos cubiertas de cuero.

Las cortinas de pelo de cabras o sea *la Tienda.* Estas hermosas cortinas tenían sus medidas exactas, enseñándonos el valor y aprecio en que Dios tenía lo que representaban. Formaban lo que se llama propiamente *la tienda.* Éxodo 26. 7 (traducida cubierta), 11, 12, 13, 14; 40. 19 (tienda). En muchos versículos tenemos las palabras, *tabernáculo del testimonio*, donde debe decir *tienda de la congregación*, pues indican el lugar de encuentro entre Dios y su pueblo. La palabra *testimonio*, y no *congregación* está bien en Numeros 9. 15 y en algún otro versiculo. La verdad espiritual presentada por esta Tienda de pelo de cabras que cubría el Tabernáculo entendemos ser Jesu-Cristo en quien el creyente tiene un feliz encuentro con Dios; y no hay otro, como El ha dicho: «Nadie viene al Padre sino por mí». Como la cabra era la víctima especial de expiación de pecado, su pelo debe recordarnos la obra de expiación de todos nuestros pecados que hizo Jesu-Cristo.

Las cortinas de lino fino con querubines de obra delicada o sea *el Tabernáculo propio.* Estas cortinas, en cuanto a su material, colores y obra, eran como el velo que separaba el santuario del lugar santísimo. Y el apóstol Pablo, exhortándonos a entrar por la fe en la presencia de Dios, dice: «Por el camino que El nos consagró nuevo y vivo, esto es, por su carne». Así tenemos la llave para llegar a la significación de estas

cortinas de lino fino. Es el Hijo de Dios hecho carne, habitando entre nosotros, en quien Dios habitaba; según El dijo a sus discípulos en varias ocasiones. «Creedme,» dijo, «que yo soy en el Padre, y el Padre en mí». «Aun un poquito, y el mundo no me verá más; empero vosotros me veréis: porque yo vivo, y vosotros también viviréis. En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros». Por estos versículos, y otros muchos que podríamos citar, se ve que Jesu-Cristo, haciéndose hombre y muriendo para hacer la expiación de nuestro pecado, no sólo viene a ser el Mediador entre Dios y los hombres, sino que es el punto de encuentro o reunión entre Dios el Padre y todos los que son hijos de Dios. Es el lugar de comunión. ¿Quién será capaz de explorar y explicar todas las maravillas de nuestra redención por Cristo?

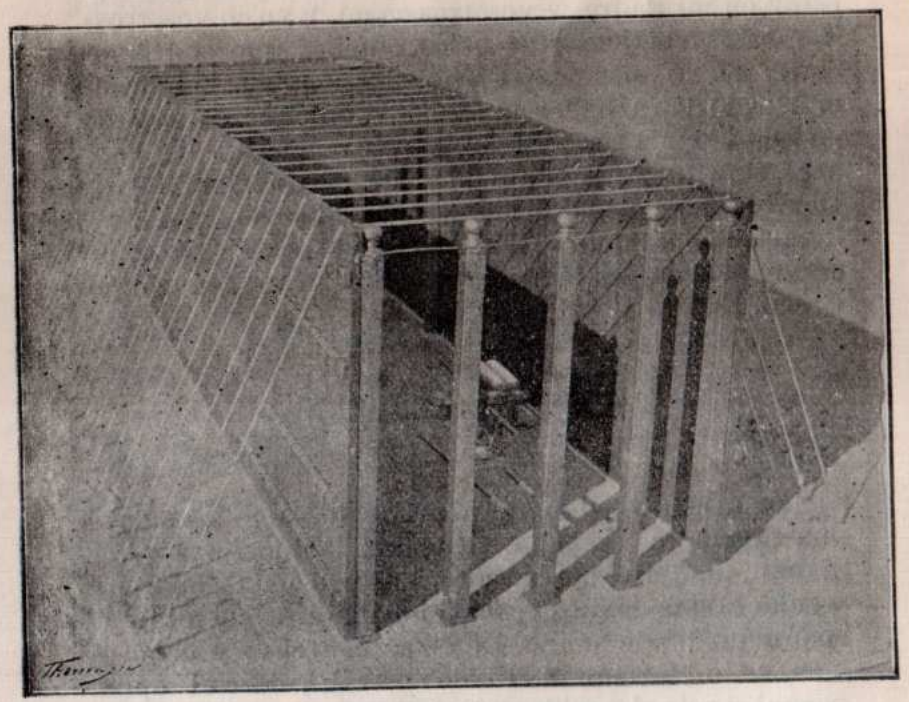
LAS TABLAS DEL TABERNÁCULO

Éxodo 26. 15-30; 36. 20-34.

Las tablas servían al Tabernáculo como los palos a una tienda de campaña; sostenían las cortinas y formaban, digamos, las paredes. En todo había cuarenta y ocho tablas de diez codos (cinco metros) de alto y de codo y medio de ancho. De estas cuarenta y ocho tablas, veinte formaban el lado austral, veinte el septentrional y seis el occidental, o sea el posterior, y además había otras dos que formaban las dos esquinas. En la parte inferior de cada tabla había dos quicios o espigas (literalmente *manos);* estas entraban en dos basas de plata que servían de fundamento a la tabla, y así en todas las tablas del Tabernáculo. Las dos tablas que formaban los dos ángulos, estaban unidas a las otras por la parte superior por un anillo, o sortija

según la traducción original de Valera. La palabra *gozne* que tenemos ahora da una idea equivocada.

Para sostener estas cuarenta y ocho tablas en su lugar y dar estabilidad a la construcción, cinco barras de madera pasaban por los tres lados del Tabernáculo, con esta particularidad referente a la barra de en medio, que pasaba por el centro mismo de las tablas.



LAS TABLAS DEL TABERNÁCULO

Tanto las tablas como las barras estaban cubiertas de oro. Anillos de oro sostenían las barras en sus puestos.

Como ya hemos dicho, debajo de cada tabla había dos basas de plata, haciendo un total de noventa y seis basas para las cuarenta y ocho tablas. Además había

cuatro basas del mismo metal para las cuatro columnas del velo. (Véase Éxodo 38. 27). El peso de cada basa era un talento, o sea un quintal, que valía nueve mil pesetas. De modo que en la arena del desierto se colocaba un fundamento de plata para las tablas del Tabernáculo y para las cuatro columnas del velo que ascendía al valor de novecientas mil pesetas.

Las medidas de esta construcción salen a treinta codos de largo por diez de ancho, o sean quince metros por cinco. Luego se hallaba dividido este espacio en dos aposentos desiguales por medio de un velo colgado de cuatro columnas. El primer aposento, que contenía el candelero, la mesa y el altar del incienso, se llamaba el lugar santo, y era dos veces mayor que el segundo. Este, el lugar santísimo, que caía tras el velo, contenía el arca y sobre ella el propiciatorio con los querubines de gloria; tenía iguales sus tres dimensiones, es decir, diez codos de largo, diez de ancho y diez de alto.

ENSEÑANZA ESPIRITUAL

Para aclarar varios puntos, tanto de la construcción del Tabernáculo como de su significación espiritual, es una ayuda compararlo con el Templo de Salomón. En efecto, los dos servían para el mismo fin: eran sombras de verdades espirituales; el Tabernáculo en el desierto era sombra de este tiempo presente de peregrinación de la Iglesia, y el Templo en la patria era sombra de la estabilidad de la Iglesia glorificada. Consistían ambos en dos aposentos, el lugar santo y el lugar santísimo, cuyas formas eran parecidas, solamente que los aposentos del Templo eran mayores que los del Tabernáculo. Las piedras del Templo correspondían a las tablas del Tabernáculo. El apóstol Pedro dice a los creyentes, refiriéndose a este asunto: «Vosotros también, como piedras vivas, sed edificados una

casa espiritual» (1.ª S. Pedro 2. 5). Y en la Epístola a los Efesios leemos: «Todo el edificio va creciendo para ser un templo santo en el Señor, en el cual vosotros también sois juntamente edificados, para morada de Dios en Espíritu» (Efesios 2. 21. 22).

Estas verdades nos llevan a considerar las tablas del Tabernáculo como figura y sombra de los creyentes en Cristo en el presente tiempo, en su peregrinación por este mundo hacia la patria celestial, donde el Tabernáculo será trocado en Templo. Cada tabla era cubierta de oro, y cada pecador, al ser reconciliado con Dios, es hecho la justicia de Dios en Cristo (Véase 2.ª Corintios 5. 20, 21).

La plata, en las Escrituras, muchas veces simboliza la redención que tenemos en Jesu-Cristo. En el caso de estas basas es tanto más notable en cuanto que la plata de que fueron hechas procedía, no de las ofrendas voluntarias del pueblo, sino del dinero del rescate, el medio siclo que se tomaba de cada varón de los hijos de Israel cuando fueron contados. Al rico no se le permitía dar más, ni al pobre menos; porque en la cuestión de la salvación del alma, tanto vale el pobre como el rico delante de Dios (Véase Éxodo 30. 12-16; 38. 25-28).

Las dos basas pues, debajo de cada tabla del Tabernáculo, vienen a significarnos los méritos de nuestro Salvador en que todo cristiano verdadero descansa para su redención y eterna seguridad. El apóstol Pablo dice: «Nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesu-Cristo» (1.ª Corintios 3. 11). Sin embargo ¡cuántos hay que confían en sus propios méritos, como el Fariseo, de quien nos habla el Salvador, que se jactaba de que no era como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, etcétera; ayunaba dos veces en la semana y daba diezmos de cuanto poseía, y por esto esperaba que al fin iría al cielo! ¡Qué ilusión más fatal!

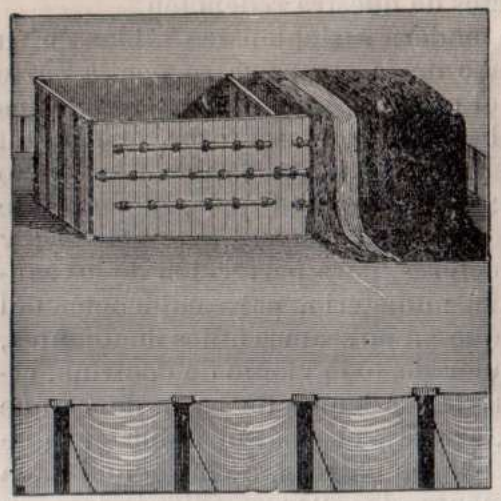
En las Escrituras hallamos que la redención nos es presentada en dos aspectos. Somos redimidos *de* este presente siglo malo y *del* poder del enemigo; pero al ser redimidos, lo somos *para* Dios y *para* su gloria. Es posible que las dos basas de plata en las cuales entraban las dos espigas, o manos de cada tabla, nos enseñan estos dos aspectos de nuestra redención.

Cinco barras de madera sostenían las tablas en su lugar, la una al lado de la otra: cuatro por la parte exterior y una por el centro, es decir, a través de las mismas tablas. En la Epístola a los Efesios el Apóstol habla de cuatro distintos dones dados por Jesu-Cristo a su Iglesia, y dice: «El mismo dió unos, ciertamente apóstoles; y otros, profetas; y otros, evangelistas; y otros, pastores y doctores, para perfección de los santos, para la obra del ministerio, para edificación del cuerpo de Cristo... que ya no seamos niños fluctuantes, y llevados por doquier de todo viento de doctrina, etcétera (Efesios 4. 11-14). Además de estos dones que podemos llamar exteriores, el Apóstol habla del que compone y liga el cuerpo entre sí, de modo que cada miembro toma aumento de cuerpo edificándose en amor. Creemos que la barra del medio, que pasaba por el centro de las tablas, bien puede representar esta vida espiritual comunicada a los verdaderos cristianos por el Espíritu Santo de Dios que nos une a todos, no en ciertas organizaciones humanas, ni aún por las ordenanzas que hallamos en las Escrituras, a las cuales queremos dar toda su importancia, sino en la redención hecha por Jesu-Cristo, donde hallamos el descanso para nuestras almas.

Los dos anillos o sortijas de oro, que unían las tablas de las esquinas nos hablan del amor de Dios que desde arriba nos une y hace que sea imposible la caída o destrucción de la casa espiritual de Dios.

EL GRABADITO

Publicamos estos grabaditos no para criticarlos, sino para que nuestros lectores los sometan con los otros a las instrucciones dadas a Moisés. Por cierto hay un defecto en el que publicamos ahora en cuanto que representa la construcción dividida en dos partes iguales, cuando el lugar santísimo solamente formaba la tercera parte de ella.

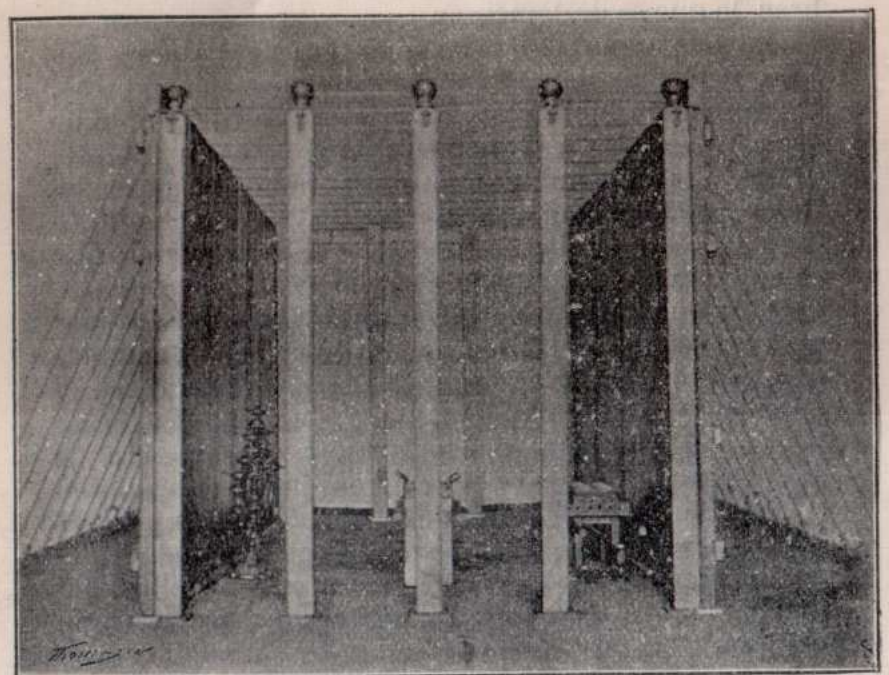


En cuanto a la barra de en medio, en el grabadito se ve que el dibujante ha entendido que ésta corría a lo largo de toda la construcción, pero a la vista; y para hacer que se vean que había cinco barras, ha dibujado cuatro cortas. Pero de esta manera le faltaba estabilidad a la construcción, y sería condenada por cualquier arquitecto.

EL LUGAR SANTO

Éxodo 26. 15-37; 36. 20-38.

Este grabado representa *el lugar santo* con los vasos que allí se colocaban, es decir: la mesa, el candelero y el altar. Este aposento medía veinte codos de largo por diez de ancho y diez de alto (un codo equivalía aproximadamente a medio metro. Sus dos lados se formaban de tablas de madera de Sittim cubiertas de oro; al fondo estaba el velo que hacía la separación entre el lugar santo y el lugar santísimo; y a la entrada del Tabernáculo y por toda su anchura había una cortina. Por la parte de arriba, o sea el techo, había primeramente las preciosas cortinas de lino fino, llamadas *el*



EL LUGAR SANTO

Tabernáculo, y luego otras cortinas y cubiertas de que ya hemos hablado. Del velo que hacía la separación entre el lugar santo y el lugar santísimo esperamos tratar más adelante. En este lugar santo entraban todos los días el sumo sacerdote y sus hijos para hacer los oficios del culto ordenados para aquel tiempo.

La cortina que había a la entrada del Tabernáculo es designada en el hebreo por la misma palabra *masach* que designa la cortina que había a la puerta del atrio; se halla mencionada dieciséis veces en este libro del Éxodo, y en trece de estos casos el original de Valera la traduce *pabellón* y en las otras tres *velo*. En las versiones que tenemos en uso hay más variedad de palabras, lo que es de lamentar.

En la página 12 consta algo de esta palabra *masach*, y la idea de protección y defensa que expresa. Un apreciado amigo nos ha sugerido otra idea, la de *abrigar*, *esconder*, y cita en su apoyo 2.° Samuel 17. 19, donde la misma palabra se halla traducida en castellano *manta*. Sin duda tiene razón, sin que por ello se destruya en nada la idea de protección y defensa que se halla en la raíz de donde se deriva la palabra *masach*, de que hay varios ejemplos. La idea de esconder las cosas santas del Tabernáculo de personas movidas de curiosidad para atisbar, sin deseo de entrar por el pabellón, nos es muy aceptable. Y en confirmación de la verdad espiritual podemos citar una palabra de Jesu-Cristo que dice: «El que quiere hacer su voluntad (la de Dios) él conocerá de la doctrina si viene de Dios, o si yo hablo de mí mismo.» Pruebas muchas hay de que si uno no quiere someterse a esta sencilla condición, las verdades espirituales de Dios le serán ocultas.

Las dos cortinas arriba mencionadas, tenían los mismos colores bordados en ellas, y la misma cantidad de tela entraba en ambas, con esta diferencia en sus medidas: la altura de la cortina del Tabernáculo era doble de la del atrio, y su anchura la mitad. Se colgaba sobre cinco columnas de madera de sittim cubiertas de oro; éstas tenían cabezas o capiteles. Además había molduras, o más bien varillas de oro que servían para juntar las columnas por su parte superior. Las

cinco basas de estas columnas eran de metal o cobre, como las de todas las columnas del atrio.

ENSEÑANZA ESPIRITUAL

En nuestras meditaciones sobre la significación espiritual del Tabernáculo, hemos dicho que la casa de Dios la forman todos los que son de Cristo, y para esto nos apoyamos en lo que dice San Pedro, que, dirigiéndose a todos los regenerados por el Espíritu Santo, dice: «Vosotros, como piedras vivas, sed edificados una casa espiritual» (1.ª S. Pedro 2. 5). Pero en este mismo versículo cambia la figura y continúa diciendo: «y un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, agradables a Dios por Jesu-Cristo. De modo que tan claramente como puede expresarse con palabras, el Apóstol enseña aquí que todos los que son cristianos verdaderos forman este sacerdocio santo. Esto puede causar cierta sorpresa en el ánimo de alguno de nuestros lectores, pero conste que es el apóstol San Pedro quien lo enseña, y la misma verdad se halla en varias partes de la sagrada Escritura y concuerda perfectamente con el Evangelio. Luego si hemos sido hechos cercanos a Dios por la sangre de Cristo, y si formamos este sacerdocio santo, cierto es que no necesitamos ninguna casta especial de sacerdotes, ni la podemos admitir. Las religiones mundanas, desde la de los países salvajes del interior de Africa, pasando por la China, y llegando hasta las de mayor civilización, todas tienen su casta sacerdotal aparte del resto del pueblo. En este punto, como en muchos otros, la verdad del Evangelio contrasta notablemente con todas ellas.

Esta verdad, pues, siendo tan clara en las sagradas Escrituras, como ignorada en el mundo, nos ha movido a tomar la Biblia, versión de Scio, para ver qué Nota ha puesto la iglesia romana a este versículo de S. Pedro;

y he aquí la Nota: «No sólo templo y casa espiritual, sino también sacerdotes son todos los cristianos en cierto sentido espiritual, porque los santos deseos y buenas obras son sacrificios espirituales que deben ofrecer a Dios por Jesu-Cristo, sobre el altar de su corazón, con el fuego de una ardiente caridad. *S. Ambrosio*». Esto lo dice la Nota de la Biblia autorizada por la iglesia romana; pero ¿dónde está el católico romano que lo cree? Reconocemos los diferentes dones que Dios ha dado a algunos para que puedan cuidar y apacentar la grey de Dios. Los que esto hacen no son llamados sacerdotes en las sagradas Escrituras, y de veras sería impropio el nombre para distinguir a los tales de los demás miembros de la Iglesia, visto que todos forman el sacerdocio.

Volviendo, pues, a las figuras del Tabernáculo vemos que el sumo sacerdote y sus hijos podían y debían entrar todos los días en el lugar santo, pasando por la puerta, donde, sobre cinco columnas se colgaba la cortina o pabellón de que hemos hablado. En la Epístola a los Hebreos se nos enseña que Jesu-Cristo es nuestro Pontífice, y que siendo de su familia, los verdaderos creyentes podemos y debemos entrar por la fe donde El ha entrado. Y con el fin de alentarnos en esto, el Apóstol nos da cinco distintivos—que bien pueden corresponder a las cinco columnas del lugar santo—que caracterizan a nuestro Pontífice. Dice: «Porque tal Pontífice nos convenía tener: Santo, inocente, limpio, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos» (Hebreos 7. 26).

Llamamos la atención del lector a esta Epístola a los Hebreos, puesto que nos da la llave para la interpretación de las figuras del Tabernáculo.

La cortina que fué colgada a la puerta del lugar santo era de lino fino—ya hemos hablado de lino fino como símbolo de justicia—y sobre este fondo había una

obra de recamado de tres colores, y estos siempre se hallan en el mismo orden: cárdeno o azul, y púrpura y carmesí. Estos colores nos enseñan el carácter perfecto del Hijo de Dios que se hizo hombre y tomó forma de siervo. El azul bien nos puede representar su carácter celestial lleno de gracia y verdad. Si buscamos en los Evangelios hallaremos como se presenta continuamente en el Señor Jesu-Cristo lo que significaba el azul de la cortina de la puerta: su tierna compasión. Al borde del sepulcro de Lázaro Jesús lloró. Otros también lloraron; pero al ver a Jesús llorar, los Judíos dijeron: «¡Mirad cómo le amaba!»

La púrpura es un color formado de azul y carmesí, y como siempre se hallaba entre estos dos otros colores, evitaba un contraste fuerte, y hacía, como en el arco iris, que todos se mezclasen. Así la vista de uno que los consideraba pasaría de un color a otro sin apercibirse del notable contraste. Quizás entenderemos esto más claramente si por el momento pasamos por alto la púrpura y nos fijamos en el carmesí. Este color es símbolo de dignidad real. El que lo lleva manda y es obedecido. En la ocasión ya referida al lado del sepulcro de Lázaro, Jesús clamó a gran voz: Lázaro, ven fuera. Y el que había estado muerto salió. Aquí vemos el carmesí. ¡Cuán fuerte el contraste entre aquel mar de lágrimas y la gran voz cuyo eco fué oído en el mundo invisible e hizo volver al momento el espíritu de Lázaro a ocupar su cuerpo! Pero entre estos dos hechos ¿qué es lo que hallamos en la historia? (S. Juan 11. 39-42). Después del lloro el Salvador va al sepulcro, manda que se quite la piedra, habla con Marta y luego ora a su Padre, o más bien le da acción de gracias. Estos detalles dados entre el lloro y la palabra de potencia que resucita al muerto hacen que el paso del uno al otro sea como el de los colores de la cortina. ¡Cuánta perfección de carácter!

Nos hemos alargado un tanto más de lo que queríamos en este solo caso, para hacer ver como todas las perfecciones se concentran en nuestro adorable Señor Jesús, declarándole Hijo de Dios: son perfecciones que nos prenden el alma, y nos hacen exclamar: ¡Señor mío y Dios mío!

LA MESA DEL SANTUARIO

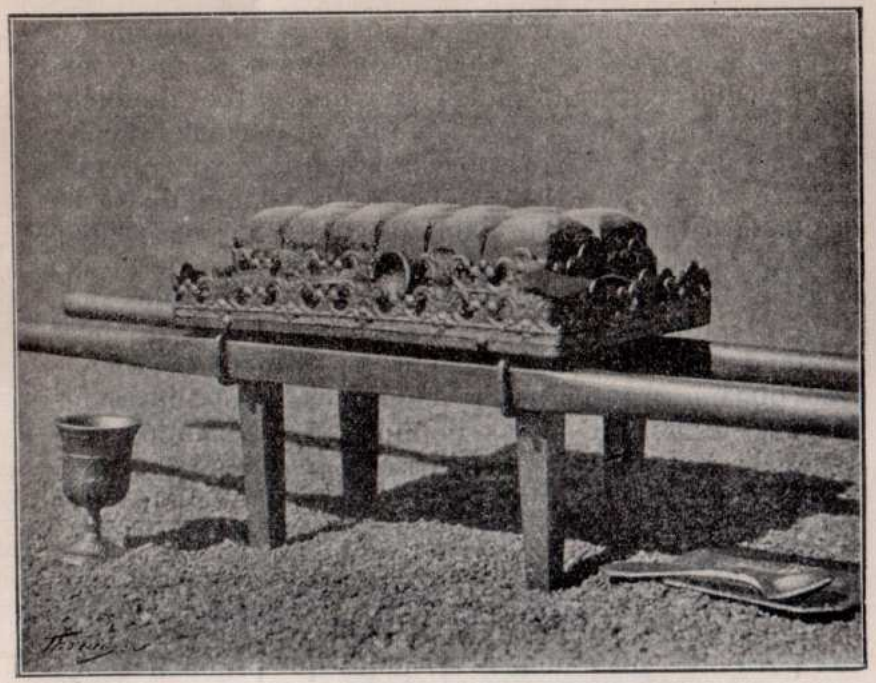
Éxodo 25. 23-30; 37. 10-16.

Por la Epístola a los Hebreos sabemos que el Tabernáculo con todos sus vasos y todo su servicio eran sombras o figuras de verdades espirituales de que Cristo, su obra de redención y su pueblo redimido, son la sustancia.

En el lugar santo del Tabernáculo había tres muebles: la mesa, el candelero y el altar del incienso. Tomándolos en el mismo orden en que los hallamos mencionados en el libro del Éxodo, comenzamos con la Mesa para el pan de proposición, o literalmente, *pan de faces*. La mesa era de madera de sittim y cubierta de oro; tenía dos codos de longitud, un codo de anchura, y un codo y medio de altura. Alrededor de la mesa había una cornisa o banda de oro; y luego un borde accesorio del ancho de una mano alrededor de la mesa, y a su vez este borde tenía también una cornisa o banda de oro alrededor. La palabra en el capítulo 25. 25 traducida moldura, significa *espacio encerrado*. En el Salmo 18. 45 la misma palabra es traducida *encerramientos*. Debajo del borde de la mesa, a sus cuatro esquinas, había cuatro anillos de oro, y por estos anillos pasaban varas de la misma madera cubiertas de oro, que servían para llevar la mesa en los viajes por el desierto.

En la mesa propia se colocaban doce panes (Levítico 24. 5-9) en dos hileras u órdenes, seis en cada hilera;

y así la banda de oro no sólo servía para dar fuerza a la mesa, sino para mantener el pan en su puesto sobre la mesa cuando el pueblo estaba de viaje. Pertenecientes a la mesa había también cuatro diferentes clases de vasos de oro. El lugar propio de ellos sería alrededor de la mesa entre las dos bandas de oro. Estos vasos eran, 1.° platos o escudillas, propios para recibir



LA MESA DEL SANTUARIO

el pan cuando lo mudaban cada sábado; 2.° cucharas, el uso de estas está indicado en Números, cap. 7, donde se mencionan doce cucharas de oro llenas de incienso; 3.° cubiertas o más bien, copas (véase Núm. 4. 7); y 4.° los tazones. Estas dos últimas clases de vasos eran

para libar, y la diferencia entre las dos parece ser en su tamaño, la última clase debía ser la más pequeña. En el cap. 28 de Números y en otras partes, tenemos la ley referente a las libaciones y las diferentes cantidades de vino que se ofrecían.

ENSEÑANZA ESPIRITUAL

Al tratar del lugar santo en las págs. 31 y 34, vimos que solamente el sumo sacerdote y sus hijos eran los que podían entrar en aquel aposento. Vimos también que todos los que son de Cristo forman parte del sacerdocio santo y real en el presente tiempo, y roto el velo por la muerte de Cristo, pueden dar cumplimiento a aquella palabra de San Pablo por la que nos exhorta a entrar en el santuario celestial por la sangre de Jesu-Cristo (Hebreos 10. 19-22). Si tomamos los muebles del lugar santo como figuras de verdades espirituales, entendemos desde luego algo de las grandes bendiciones que nuestro Dios nos ha dado en su Hijo Jesu-Cristo.

La mesa es un símbolo de amistad y comunión. El derecho de los hijos es el de estar con su padre y gozar en su compañía del bien de la mesa. Y ¡qué maravilla de gracia es la que Dios ha manifestado en escogernos a nosotros que éramos en otro tiempo rebeldes, extraviados y aborrecibles, para reconciliarnos y hacernos cercanos y agradables delante de El! El tiempo nos falta para citar los muchos versículos que prueban esto; por lo tanto suplicamos al lector que tome su Biblia y lea los siguientes pasajes: Tito 3. 3-7; Efesios 2. 8-13; 1.ª Corintios 6. 9-11; 1.ª Juan 1. 3, 4. El asunto es demasiado importante y sublime para que lo tratemos ligeramente. Ningún hombre ha podido imaginar gracia tal. Que Dios nos salvara del infierno y nos diera un rincón en el cielo, y aun esto en cambio de poner algo de nuestra parte, es lo más que el hombre puede

por sí mismo entender. Pero Dios nos revela una salvación que no sólo nos rescata del infierno, sino que nos da un puesto con El como hijos con su padre, de modo que podamos clamar: «Abba, Padre» (Romanos 8. 15). Tales bendiciones empezamos a gozar aquí en la tierra. Dice San Juan: «Mirad cual amor nos ha dado el Padre, que seamos llamados hijos de Dios, y aun no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando El apareciere, seremos semejantes a El, porque lo veremos como El es» (San Juan 3. 1, 2).

Dos materiales entraban en la construcción de la mesa: madera y oro, que, sin duda, son tipos de nuestro Salvador Jesús, Dios bendito, y al mismo tiempo, hombre, para que fuese posible que el santo Dios tuviese de la raza perdida de Adam hijos suyos, en quienes pudiese ver la imagen de su propio Hijo y hallar satisfacción en ellos.

Un rey en su trono puede recibir el homenaje de sus súbditos, y concederles honores y recompensas, mas el tenerlos a su mesa como miembros de su familia, ya es otra cosa. Y si lo hiciera no sería nada comparable con lo que Dios ha hecho en nuestra salvación; porque el rey y sus súbditos son hombres nacidos de mujer. Pero la distancia entre Dios el Creador y el hombre la criatura es incalculable; además, el pecado ha aumentado inmensamente más la distancia. Pero hay un Mediador entre Dios y el hombre, Jesu-Cristo hombre, y de este modo se ha salvado la distancia.

Es de notar que se hace mención de la mesa antes que del altar, como si Dios quisiera poner ante nosotros en primer lugar, no nuestro servicio, sino la mesa de amistad y comunión, saciándonos primeramente del bien de su casa. Luego viene el servicio.

Los vasos de oro pertenecientes a la mesa parecen indicarnos la obra del Espíritu de Dios en nuestro

favor. De la manera que aquellos platos de oro servían para presentar aquel pan a quienes estaban llamados a comer de él, así el Espíritu Santo es enviado a nuestros corazones para enseñarnos y recordarnos todas las cosas del Salvador. Las cucharas para el incienso relacionan la mesa con el altar, y nos enseñan a dar gracias y alabanzas a Dios. Los tazones y las copas para libar testifican que Dios al salvarnos ha querido que nuestro gozo vaya siempre en aumento; porque el vino era símbolo de alegría. «Engrandece mi alma al Señor; y mi espíritu se alegró en Dios mi Salvador» (S. Lucas 1. 46, 47).

EL CANDELERO

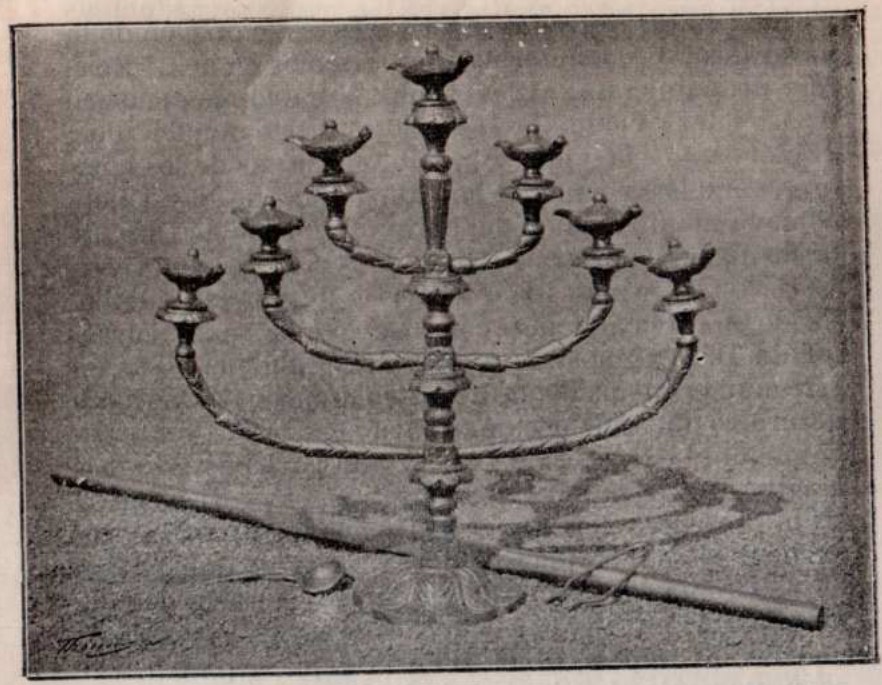
Éxodo 25. 31-40; 37. 17-24.

Siguiendo el orden en que los muebles del lugar santo del Tabernáculo están descritos, llegamos ahora al candelero, el cual era de oro puro, como también sus siete candilejas y vasos correspondientes. Se componía el candelero de tres partes que se denominan en los pasajes citados arriba, su pie, y su caña, y sus brazos. La palabra hebrea traducida *pie*, literalmente dice *muslo*, y así se traduce en Cap. 1. 5; Jueces 8. 30. En Génesis 46. 26 la misma palabra se traduce *lomos*. En estos tres versículos la palabra tiene referencia a los hijos como procedentes del muslo, o lomos del padre. Del tronco o muslo del candelero salían seis brazos que sostenían sus seis correspondientes candilejas; tres de un lado y tres del otro. La caña era la continuación del tronco, o muslo, es decir, la parte superior y central que sostenía su propia candileja.

En contraste a los demás muebles del Tabernáculo, notables por la severidad de sus formas, el candelero tenía mucha ornamentación, que servía al mismo tiempo para darle solidez y fuerza. Fué hecho de una

sola pieza y labrado a martillo. Pesaba con sus vasos un talento, o sea sobre 53 kilos, y por consiguiente debía valer unos 35.000 duros.

Los vasos propios del candelero eran las despabi-



EL CANDELERO

laderas y sus platillos, además los vasos para el aceite, y una barra en la cual llevaban colgado el candelero cuando estaban de viaje por el desierto.

ENSEÑANZA ESPIRITUAL

La primera cosa presentada para nuestra meditación en el lugar santo del Tabernáculo—aunque no la primera en importancia—era la mesa con el pan de

amistad. En frente de la mesa y colocado de modo que diera luz sobre la mesa, estaba este precioso candelero, del que se dice expresamente a Moisés: «Mira, y hazle conforme a su modelo que te ha sido mostrado en el monte.»

Luz, en las sagradas Escrituras, es expresión de la naturaleza y carácter de Dios. Leemos en la 1.ª Epístola de S. Juan que «Dios es luz». Y hablando el mismo Apóstol de la venida de Jesu-Cristo a este mundo, dice: «En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.» Muchos versículos hay que hablan de Jesu-Cristo como la manifestación del carácter mismo de Dios, de modo que el conocer a Cristo de veras es conocer a Dios. Así en primer lugar vemos a Jesu-Cristo simbolizado en este candelero como la revelación del carácter de Dios a nuestras almas. Hay muchas cosas en este mundo que podemos llegar a entender por las luces naturales que tenemos, mas para conocer a Dios, para entender el carácter de Dios, y aun para entender los caminos de Dios para con nosotros, es preciso entrar en la presencia de Dios, y allí como discípulos disponernos a recibir lo que El quiere revelarnos de sí mismo en su propia luz. El Salmista sintió la necesidad de esto cuando, estando perplejo referente a la prosperidad de los impíos, dice: «Pensaré, pues, para saber esto; es a mis ojos duro trabajo, hasta que venido al santuario de Dios, entenderé la postrimería de ellos» Salmo 73, 16, 17).

Algunas veces hemos oído enaltecer la idea de llegar al conocimiento de Dios por el estudio de las obras de Dios. No negamos que el hombre puede llegar a convencerse de la eterna potencia de Dios por medio de las cosas visibles. Pero el llegar a conocerle a El, nadie jamás ha podido aparte de la revelación hecha por Jesu-Cristo y por todas las Escrituras, ni jamás podrá. A los Judíos que confiaban en sus propias justi-

cias, la idea de que tenían que llegar a Dios por medio de Jesús de Nazaret les fué y es piedra de tropiezo, y a los Griegos que buscaban sabiduría, el oír hablar de salvación por Jesu-Cristo crucificado les era locura; sin embargo, plugo a Dios salvar a los creyentes de esta manera para que ninguna carne se jacte en su presencia.

Pero hay otro aspecto de la verdad de Dios que el candelero nos revela. Hemos visto que tenía seis brazos procedentes de su tronco y que todo él era labrado a martillo. ¡Cuán fácil habría sido la obra haciéndola de fundición, como Aarón fundió el becerro de oro, o de labrar los brazos aparte del candelero y soldarlos en sus puestos después! Pero así no habría representado la perfecta unión que existe entre Cristo y su Iglesia, ni tampoco la obra maravillosa de la muerte y resurrección de Cristo. Porque hemos de entender que no bastaba la encarnación del Hijo de Dios para nuestra salvación, sino que convenía que El hiciera la expiación del pecado por su muerte en la cruz. Así, el pecado quitado, el camino queda expedito para la reconciliación entre Dios y el pecador, aceptando éste el don gratuito de la salvación. El misterio de cómo Dios puede ser justo y al mismo tiempo ser el Salvador del delincuente es aclarado y vida eterna es dada al creyente, quien se haya desde luego unido por un lazo indisoluble con su Salvador que, resucitado de los muertos, reconoce el parentesco entre sí y los redimidos en estas palabras: «Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios.»

El apóstol Pablo, en una de sus oraciones, pide a Dios que los cristianos tengan los ojos de su entendimiento alumbrados para saber cual sea aquella supereminente grandeza del poder de Dios para con nosotros los que creemos, la cual obró en Cristo, resucitándole de los muertos y colocándole a su diestra en los

cielos. Luego enseña que los creyentes, como miembros de su cuerpo, han sido resucitados juntamente con El (Véase Efesios 1. 18-20; 2. 6, 7). Lenguaje extraño por cierto e incomprensible si no tuviera que ver con esta íntima unión entre el Redentor y los redimidos, unión simbolizada por la que existía entre el tronco del candelero y sus seis brazos.

Así entendemos que el candelero de oro con sus siete candilejas, no sólo nos da luz sobre lo que Dios nos ha hecho, acercándonos a su mesa para que tengamos comunión con El, sino que por medio de nosotros, tan íntimamente unidos con Cristo como los miembros de su cuerpo, hace ver a seres celestiales el misterio de su amor para con pobres pecadores, y así estos seres celestiales llegan a entender la multiforme sabiduría de Dios por la Iglesia (Efesios 3. 10). ¡Qué maravilla!

Y ¡cuántos golpes de martillo fueron necesarios para sacar de aquel talento de oro tan precioso candelero, su caña y sus seis brazos con toda su obra de arte en ornamentación de copas, almendras, etc., etc.! Y al fin aquel candelero no era más que una sombra de Cristo, como todas las demás cosas y sacrificios de aquel tiempo.

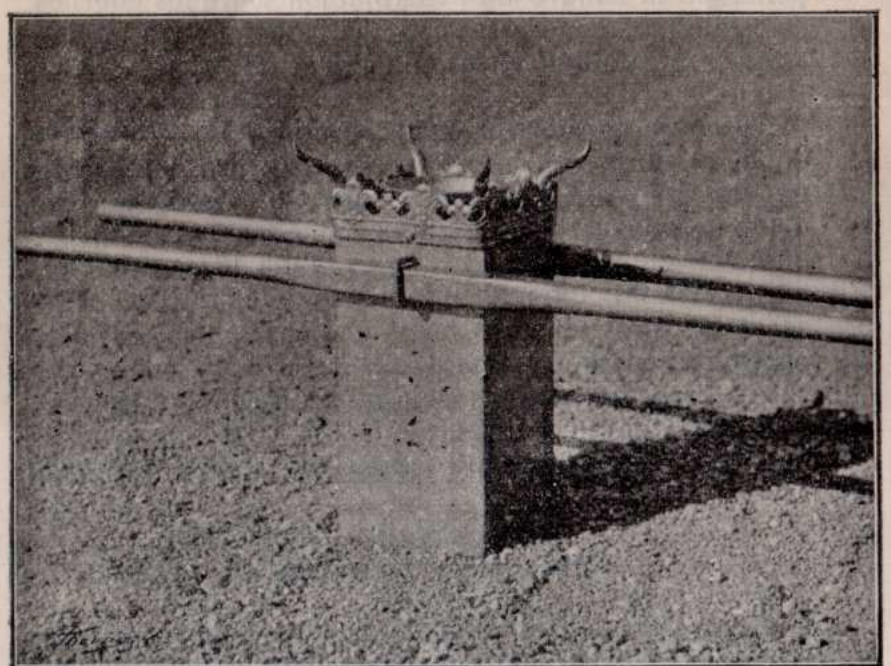
Hay otros muchos detalles referentes a este precioso candelero: sus candilejas, sus despabiladeras y su aceite, que hemos de dejar. El lector hará bien en continuar su estudio del mismo asunto, según lo tenemos en las sagradas Escrituras.

EL ALTAR DEL PERFUME

Éxodo 30. 1-10; 37. 25 29.

El altar del perfume, o del incienso, fué hecho de madera de sittim, y cubierto de oro, como la mesa de los panes de la proposición. Era cuadrado, teniendo un codo de largo y lo mismo de ancho, y tenía, como el

altar del holocausto, cuatro cuernos a sus cuatro esquinas. Su altura era de dos codos, siendo así medio codo más alto que la mesa. Tenía además, como la mesa, una banda de oro que le rodeaba, y en dos de sus lados dos anillos en que se colocaban dos varas para llevarlo cuando estaban de marcha por el desierto. El altar del perfume ocupaba un puesto central en el santuario, delante del velo que separaba el lugar santo del lugar santísimo, en línea con el propiciatorio. Sobre él se quemaba el sahumerio de aromas todas las mañanas al aderezar las lámparas, y todas las noches al encenderlas. No se ofrecía sobre él ningún sa-



EL ALTAR DEL PERFUME

crificio, ni otro sahumerio fuera del ordenado por el Señor, que consistia en tres especias desconocidas ahora e incienso, de todo en igual peso, y mezclado según el arte de un perfumador. Al pueblo le era prohibido hacer otro perfume según la composición de éste. Una vez en el año el sumo sacerdote tenía que poner de la sangre de la expiación sobre los cuernos de este altar, y de este modo se relacionaban los dos altares y también el propiciatorio en el lugar santísimo.

Se ha observado que en el capítulo 9 a los Hebreos, donde se enumeran los diferentes muebles del Tabernáculo, que el Apóstol hace caso omiso de este altar del incienso. La razón de esto parece ser que está para describir el orden del servicio en el día de la expiación que era anual, cuando en lugar de quemar el incienso sobre el altar, como lo hacia todos los días, en esta ocasión anual debía tomar el incensario lleno de brasas de fuego del altar de delante de Jehová, y sus puños llenos del perfume aromático molido, y meterlo del velo adentro y allí quemarlo. Véase Levitico 16. 12, 13.

ENSEÑANZA ESPIRITUAL

Por nuestras meditaciones en las páginas anteriores sobre el Tabernáculo y sus muebles, el lector habrá entendido que hay en estas sombras de verdades espirituales una revelación progresiva de la obra de redención hecha por nuestro Salvador Jesu-Cristo, comenzando con la puerta del atrio, que representa a Jesús como la puerta para llegar a Dios y ser salvo. Por el altar de holocausto, que era el primer mueble que se presentaba a la vista al entrar en el atrio, aprendemos más de la obra de Jesu-Cristo en nuestro favor para con Dios. Al lado de aquel altar se inmolaban las víctimas por el pecado, como también los animales ofrecidos en holocausto, etc. Todo esto se hacia en el atrio, luego había la fuente que representa el Espíritu Santo y su obra de regeneración y santificación. Mas al entrar en el Santuario, figura del cielo, se ven la mesa y el candelero de que hemos hablado ya, y el mueble central, de que tratamos ahora, o sea, el altar del perfume, que nos enseña la obra de intercesión de Jesu-Cristo en el cielo en favor de los redimidos por su preciosa sangre. Por su muerte en la cruz expió nuestro pecado, hizo la paz, satisfizo todo cuanto pudo demandar la justicia de Dios, y por consiguiente fué resucitado de entre los muertos, por cuanto no era posible que la muerte le detuviese en su poder, y fué ensalzado a lo sumo. Creemos que la altura del altar del perfume, que sobrepujaba de medio codo a la mesa de los panes y el arca del testimonio, nos enseña la majestad y la gloria de la obra de intercesión de nuestro Sumo Sacerdote, como el apóstol Pablo dice, hablando de Jesu-Cristo en su carácter de sacerdote, que fué «hecho más sublime (o literalmente, más alto) que los cielos».

La intercesión del Salvador en el cielo es una obra contínua, como el mismo Apóstol dice: «Por lo cual puede también salvar eternamente a los que por él se allegan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos» (Hebreos 7. 25). Su presencia en el cielo es la manifestación de su obediencia hasta la muerte aquí en la tierra, que viene a ser el perfume del cielo. El que hizo la expiación de nuestro pecado es ahora nuestro Sumo Sacerdote, Intercesor y Abogado. ¡Cuán grande es la bendición nuestra al recibir estas verdades divinas por la fe en nuestras almas! y ¡cuán imposible es que, estando en posesión de estas bendiciones, vayamos tras de otros sacerdocios que nunca pueden satisfacer las necesidades de nuestras almas! Y si Dios

mandó que fuese castigado con la muerte el que hiciese otro perfume como aquel que El había ordenado, ¡cuán terrible será el castigo de los que han inventado sacerdocios de que las sagradas Escrituras no nos dicen ni una palabra!

Ya hemos hablado del sacerdocio cristiano, de que forma parte todo aquel que es de Cristo, y conforme con esto hallamos en estas sombras, tema de nuestra meditación, que no sólo el sumo sacerdote de Israel ofrecía perfume en este altar, sino que sus hijos también lo hacían. Y la enseñanza que los santos Apóstoles nos dan en las sagradas Escrituras es que todo pecador lavado de sus pecados en la sangre de Cristo, es también hecho sacerdote para con Dios. En confirmación de este aserto citamos aquí las palabras del apóstol Pablo: «Así que ofrezcamos por medio de él (Jesús) a Dios siempre sacrificio de alabanza, es a saber, fruto de labios que confiesen a su nombre» (Hebreos 13. 15).

«Dios es espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren» (S. Juan 4. 24).

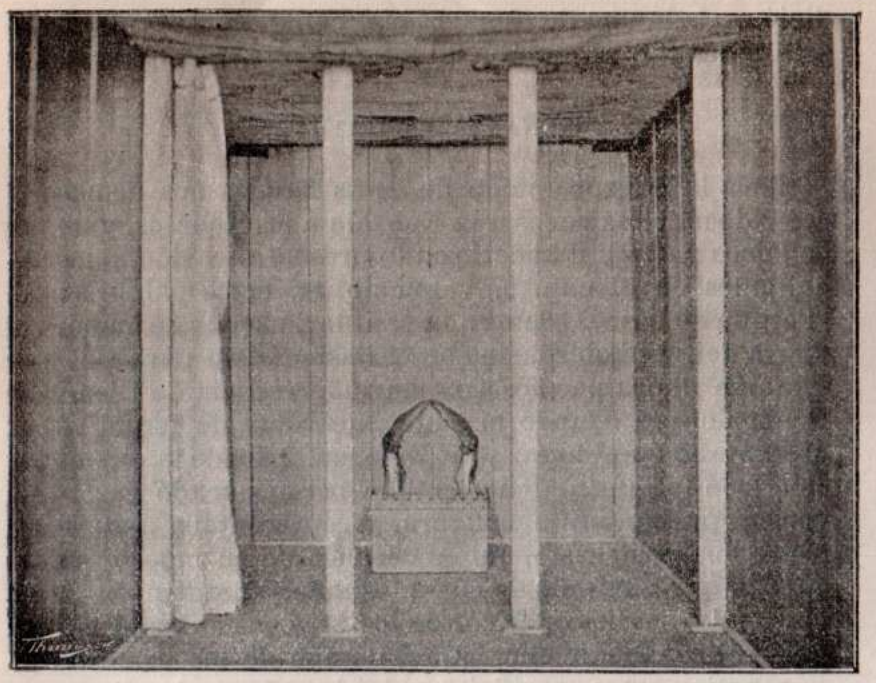
EL LUGAR SANTÍSIMO

Éxodo 26. 31-34; 36. 35-36.

Este lugar, llamado *santísimo*, era el aposento occidental del Tabernáculo, y separado del lugar santo por el velo que pendía de cuatro columnas. Tenía la misma altura y anchura del lugar santo, es decir, diez codos, y como el velo colgaba debajo de los corchetes de oro que juntaban las cortinas del Tabernáculo (capítulo 26. 33) queda determinada su longitud, que también era de diez codos; así formaba un cubo perfecto de diez codos, o sean cinco metros de lado. Sus dos lados y el fondo posterior se formaban de las tablas cubiertas de oro; su techo, de las cortinas de lino fino; y su parte anterior, del velo.

En este aposento fué colocada el *arca del testimonio* con su cubierta, llamada el *propiciatorio*. En este lugar santísimo entraba solamente el sumo sacerdote, y esto una vez al año, en el día de la expiación, cuando presentaba la sangre de la víctima por el pecado.

La obra del *velo* era como la de las diez cortinas de



EL LUGAR SANTÍSIMO

lino fino que formaban el Tabernáculo, es decir, tenía querubines bordados en colores de azul, púrpura y carmesí, sobre un fondo de lino fino. En las descripciones dadas de las cortinas y del velo se nota que en éste se hace primeramente mención de los colores, y después del lino fino; en las cortinas el lino fino tiene

la preferencia. Esto parece indicar que los colores resaltaban más en el velo que en las cortinas. Era obra delicada o primorosa. Como hacía separación entre el lugar santo y el lugar santísimo, tenía diez codos de alto y diez de ancho.

Las cuatro columnas de que pendía este precioso velo descansaban sobre cuatro basas de plata de fundición. Cada una de estas basas, como las noventa y seis de las tablas, pesaba un talento, o sea un quintal.

ENSEÑANZA ESPIRITUAL

Para la interpretación de estas figuras nos hemos referido muchas veces a la Epístola a los Hebreos, y no podemos pasar sin hacerlo en la presente ocasión, pues hallamos en el cap. 9, versículo 24, estas palabras: «Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el mismo cielo para presentarse ahora por nosotros en la presencia de Dios». De modo que cuando el sumo sacerdote de Israel se presentaba en el lugar santísimo, en el día de la expiación, con la sangre de la víctima por el pecado en favor del pueblo, era una figura, y representaba a nuestro Señor Jesu-Cristo, quien después de su muerte en la cruz, y resucitado de entre los muertos, entró en la presencia de Dios en favor de los suyos, habiendo expiado el pecado de ellos. En el tiempo de las sombras se repetían estos sacrificios todos los años, y la misma repetición demostraba su ineficacia, como el Apóstol dice, que si hubiesen podido estas figuras quitar el pecado, habrían cesado de ofrecerse. En este particular resalta el contraste entre la realidad del sacrificio de Cristo y las sombras del culto de entonces. Y por lo tanto, en virtud de esta perfecta obra de redención por la sangre de Cristo, puede decir el Apóstol en el versículo 19 del capítulo 10: «Así que hermanos, teniendo

libertad de entrar en el santuario por la sangre de Jesu-Cristo, por el camino que El nos consagró, nuevo y vivo; por el velo, esto es, por su carne; y teniendo un gran Sacerdote sobre la casa de Dios, lleguémonos con corazón verdadero, en llena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua limpia». Y al decir esto, su exhortación se dirige a todos los que son de Cristo.

El velo, como hemos visto en los versículos citados, representa el Verbo de Dios, del cual dice San Juan: «Fué hecho carne y habitó entre nosotros; y vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad». Así se presentó nuestro bendito Salvador en los días de su carne a los ojos de la fe. Es verdad que los del mundo de aquel tiempo no podían ver hermosura en El, como tampoco pueden ahora, mas a los creyentes, el hermoso velo de lino fino del Tabernáculo, con sus brillantes colores recamados con tanto arte, viene a ser un tipo significante del carácter de nuestro Redentor, de aquel Justo que «nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca», quien pasando por toda clase de aflicción, sufrimiento y tentación, siempre demostraba la hermosura de la gracia y de la verdad.

Para la significación de los colores del velo, según los entendemos, véase la página 35.

En el momento solemne de la muerte de Jesu-Cristo, cuando dijo: *Consumado es*, el velo del templo se rompió en dos, de alto a bajo, y el lugar santísimo quedó descubierto, enseñando Dios por este hecho que su corazón quedaba abierto a nosotros con todas sus bendiciones. Para esto fué preciso, no sólo que el Verbo fuese hecho carne y que habitase entre nosotros, sino que nuestro pecado fuese cargado en El, y que El, el Justo, fuese herido por Dios en lugar de nosotros los pecadores, de este modo demostró Dios cuanto aborre-

cía el pecado y cuanto amaba al pecador; el cual no sólo es perdonado, sino acercado a la misma presencia de Dios sin velo de separación. Así los que somos salvos hallamos que somos «hechos cercanos por la sangre de Cristo». ¡Cuánto desfiguran el Evangelio, y cuánto deshonran el carácter de Dios los que le representan como un Dios que apenas se dispone a conceder una gracia, aún cuando los santos del cielo se la pidan! Si antes de la muerte de Jesús, había alguna oscuridad referente a este punto, no la hay ahora; así que ¡cuán negro es el pecado de dudar del amor de Dios, visto que entregó a su propio Hijo por amor de nosotros!

El apóstol Pablo, hablando del tiempo antiguo antes de la muerte de Jesús, cuando existía el velo, reconoce que era tiempo de sombras, y dice: «Dando en esto a entender el Espíritu Santo, que aún no estaba descubierto el camino para el verdadero santuario, entre tanto que el primer tabernáculo estuviese en pie» (Hebreos 9. 8). Esto no significa que los creyentes de entonces no eran tan salvos como los de ahora, sino que les faltaba ver la plena manifestación del carácter de Dios. Ahora el velo ha sido rasgado; Cristo ha muerto, y por El entramos al Padre. Quizás alguno dirá que presentamos el camino demasiado fácil. Lo hallamos fácil en las sagradas Escrituras, y es allí también donde hallamos cuanto costó hacer el camino. El Hijo eterno de Dios, hecho carne, tuvo que beber la copa amarga de maldición; hecho maldición por nosotros y colgado en madero, exclamó: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has dejado?» Fué camino costoso para El, y por la misma razón ha venido a ser fácil para el pecador que lo toma.

Esta facilidad de que hablamos no da lugar a atrevimiento en aquel que cree, y mucho menos a jactancia, como si fuese mejor que otros; al contrario, reconoce que por sus propias obras merece la muerte

eterna; y si es salvo, lo debe a la soberana gracia de Dios.

Creemos que las cuatro columnas que sostenían el velo, bien pueden representar las cuatro perfecciones de Jesu-Cristo con que nos reviste cuando nos saca de nuestro estado arruinado y vil, como el Apóstol dice: «Mas de él sois vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios *sabiduría*, y *justificación*, y *santificación*, y *redención:* para que, como está escrito: El que se gloría, gloriese en el Señor» (1.ª Corintios 1. 30, 31).

EL ARCA Y SU CUBIERTA

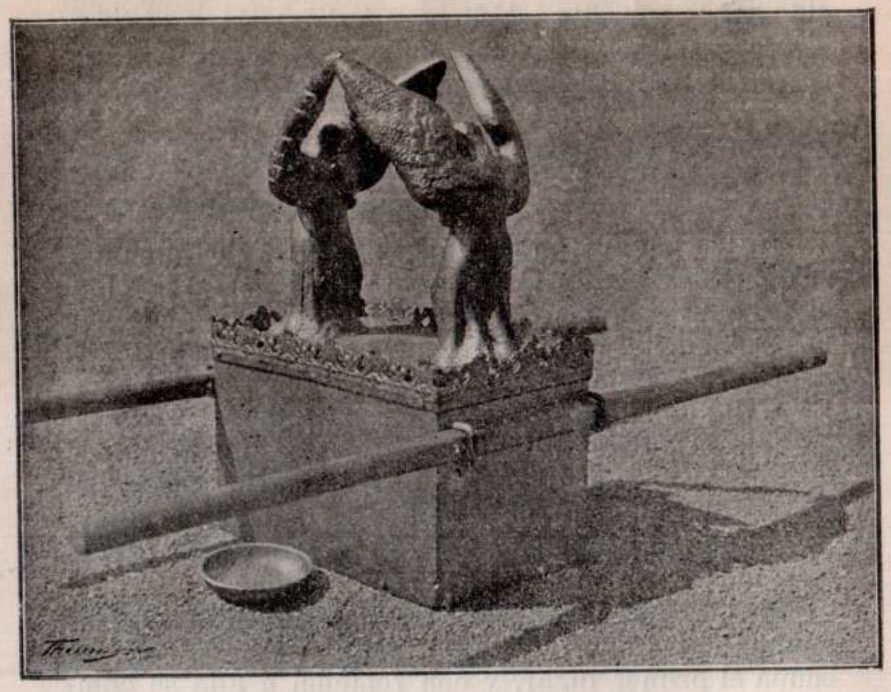
Éxodo 25. 10-22; 37. 1-9.

En las páginas anteriores sobre el Tabernáculo y sus muebles, hemos tomado las varias partes de él en el orden en que las vemos colocadas, empezando con la puerta del atrio, hasta llegar al lugar llamado santísimo. En este aposento había el Arca y su cubierta. En el día de la expiación, una vez al año, el sumo sacerdote al entrar allí, llevaba consigo un incensario de oro en el cual quemaba el sahumerio. Fuera del Arca y su Cubierta, no hallamos mención en la Biblia de ningún otro mueble o vaso en este aposento, excepto el incensario en el día de las expiaciones.

El Arca era el mueble más importante del Tabernáculo. En la descripción del santuario y su servicio ocupa el primer lugar, y con relación a ella se cumplían todas las órdenes de aquel culto antiguo. Fué hecha de madera de sittim y cubierta de oro puro de dentro y de fuera. Su longitud era de dos codos y medio. Tenía en la parte superior una cornisa o banda de oro que la rodeaba, que servía, según se desprende de la palabra hebrea, para ligar o afianzar el Arca.

La Cubierta. Esta palabra en el original expresa la idea de expiación de pecado. Era una plancha de oro

fino de la misma medida del Arca, es decir, dos codos y medio de largo, y codo y medio de ancho. No se dice el peso de oro que entraba en su construcción ni lo grueso de la plancha. Se encajaba dentro de la cornisa o cerco que rodeaba el Arca y así quedaba ligada o afianzada en su lugar.



EL ARCA Y SU CUBIERTA

Los querubines eran dos figuras una a cada extremo de la cubierta, labradas a martillo, de la misma plancha de oro de que se formaba la cubierta. El mucho trabajo y arte que se necesitaba para sacar estas figuras a golpes de martillo se puede comprender; y este detalle viene a ser tanto más significante cuando se

tiene presente la facilidad con que se podía haberlas hecho de fundición, como lo eran los dos anillos de la misma Arca.

Dos varas de madera de sittim cubiertas de oro puestas en los cuatro anillos correspondientes, servían para el traslado del Arca de un lugar a otro durante los viajes por el desierto, y nunca se quitaron de los anillos hasta los días de Salomón. Entonces, cuando el Templo fué edificado como lugar de descanso para el Arca, fueron sacadas las varas de sus puestos. Es de notar que el Arca fué el único mueble, de los que Moisés hizo, que halló puesto en el Templo de Salomón.

El uso especial de este importante mueble era el de guardar las dos tablas de la ley, después que Moisés hubo quebrado las dos primeras que Dios le dió, y cuando fué metida en el Templo no tenía otra cosa, aunque en el desierto guardaba también una urna de maná y la vara de Aarón que reverdeció. En varias partes de las Escrituras leemos de la Cubierta como el asiento de Jehová. Desde allí, de entre los dos querubines, El se dió a conocer a Moisés, a quien comunicaba su voluntad y mandamientos para los hijos de Israel (Éxodo 25. 22). Téngase presente que en aquel asiento no había imagen alguna que representara a Dios.

ENSEÑANZA ESPIRITUAL

Al procurar entender la significación espiritual del Arca, fijémonos primeramente en los materiales de que fué hecha. Como se ha dicho ya, creemos que la madera de sittim (incorruptible), cubierta de oro, simboliza a nuestro Salvador Jesu-Cristo. Las palabras del ángel a la virgen María: «Lo Santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios», nos dan el misterio de Dios manifestado en carne. No pretendemos explicarlo. Para poder obrar nuestra salvación, y para ser el

Mediador entre Dios y los hombres, debía ser hombre y Dios. Era preciso que fuese hombre para poder estar en nuestro puesto, como fiador nuestro, y como tal convenía que fuese libre de todo pecado y corrupción en medio de pecadores corrompidos. Igualmente era preciso, para poder hacernos llegar a Dios y sostenernos en la presencia divina, que fuese Dios. En los dos materiales del Arca vemos estas dos verdades simbolizadas.

Ya hemos dicho que el uso del Arca era para guardar las dos tablas de la Ley de Dios. Esta ley nos enseña lo que Dios requiere de nosotros; en la primera parte de ella, lo que debemos a Dios, y luego lo que nos debemos los unos a los otros. Una ley que demandara menos sería imperfecta, y como tal no podía proceder de Dios; pero esta ley santa, justa y buena, nos halla a nosotros de tal manera imposibilitados, como pecadores, injustos y malos, que jamás ha podido el hombre cumplirla. Así es que aquel acto de Moisés de arrojar las dos tablas primeras de sus manos y quebrarlas, era un acto significante de lo que había hecho el pueblo de Israel (y todos nosotros), al quebrantar los mandamientos de Dios.

Es posible también que Moisés entendió que no convenía llevar aquella ley santa en medio de una congregación de pecadores. Siendo así las cosas, Dios ordenó a Moisés que hiciese esta Arca y pusiese en ella las segundas tablas donde estarían bien guardadas. Y conforme con esta figura leemos en el Salmo 40 estas palabras de David, que se refieren al Señor Jesús: «He aquí vengo; en el envoltorio del libro está escrito de mí: el hacer tu voluntad, Dios mío, háme agradado, *y tu ley está en medio de mis entrañas*». El cumplió la ley y la guardó perfectamente, y aún más, según Isaías, la magnificó y la engrandeció.

Además de este cumplimiento perfecto que Cristo

ha dado a la ley de Dios, cosa que vemos simbolizada en el Arca, hay la propiciación que Jesu-Cristo es por nuestros pecados (1.ª Juan 2. 2). Hemos notado el nombre significante dado a la plancha de oro que tapaba el Arca, *la cubierta*, y que esta palabra se relaciona con la expiación del pecado: y tanto es así que en el N. Testamento esta cubierta se llama *el propiciatorio*.

¡Cuán llenas de instrucción están estas figuras para nosotros que nos sentimos necesitados de salud y nos humillamos ante nuestro Dios! Son como pan para el alma hambrienta. A los demás les parecen cosas sin sentido. Así fué con el fariseo que subió al Templo a orar, dando gracias a Dios que no tenía necesidad de nada, que había cumplido las obligaciones que se había impuesto. No fué así con el publicano quien exclamó: «Dios, sé propicio a mí, pecador». Este, el pecador, descendió a su casa más justificado que el otro: porque cualquiera que se ensalza, será humillado; y el que se humilla será ensalzado (S. Lucas 18. 14). Este vió la necesidad que tenía de una propiciación por sus pecados, y acudió a Dios por vía del propiciatorio, que es Jesu-Cristo. «Y en ningún otro hay salud; porque no hay otro nombre debajo del cielo dado a los hombres en que podamos ser salvos» (Hechos 4. 12).

A pesar de palabras tan terminantes del apóstol Pedro, ¡cuántas otras cosas y nombres nos han dado los hombres, por cuyo medio nos dicen que hemos de alcanzar la gracia! Abrimos el Diccionario de la Academia para ver qué explicación nos da la palabra *Propiciatorio*, y hela aquí: «El Templo, los santos, las imágenes y reliquias; porque con ellas y por su medio alcanzamos las gracias y mercedes de Dios.» Lo hemos leído dos veces, porque nos parecía imposible que en un Diccionario se hiciera constar una explicación tan directamente contraria a las sagradas Escrituras.

En cuanto a los querubines que formaban parte de

la misma cubierta y que fueron sacados de ella a golpes de martillo, nos lleva a creer que representan a los que son unidos a Cristo en virtud de su muerte y resurrección, a quienes dijo Jesús: «Porque yo vivo, vosotros también viviréis. Esta unión ya existe desde el momento que el alma cree de veras en el Señor; pero no se ha manifestado aún lo que hemos de ser en gloria con nuestro Salvador y Rey, a quien adoramos, y con quien hemos de reinar. Creemos, pues, que los querubines nos señalan aquella gloria que ha de ser revelada en nosotros cuando el Señor Jesús vuelva.

EL SUMO SACERDOTE DE ISRAEL Y SUS VESTIDURAS

Éxodo 28. 29; y 39. 1-31.

En nuestras meditaciones sobre el Tabernáculo y sus muebles pasamos por alto los dos capítulos 28 y 29 de Éxodo que tratan de los vestidos del Sumo Sacerdote y de sus hijos; y lo hicimos para poder dar una explicación seguida de los vasos del Tabernáculo. Sin embargo, varias veces en aquellas meditaciones nos referimos al sacerdote y a su ministerio; pues el Tabernáculo y sus vasos se hallan íntimamente relacionados con este ministerio, y tanto, que el Tabernáculo no tendría significación y utilidad sin el sacerdote; y éste también, sin lugar de servicio, habría sido por demás.

El sacerdote, pues, formó parte integrante de aquel Tabernáculo antiguo del cual se dice en la Epístola a los Hebreos que era bosquejo y sombra de los bienes celestiales. Todas aquellas sombras pasaron cuando Cristo se ofreció por nosotros, y como desde entonces no ha quedado Tabernáculo ni Templo en la tierra reconocido por Dios, tampoco ha quedado sacerdote. Así no hallamos mención en todo el Nuevo Testamento de

EL SUMO SACERDOTE
con las vestiduras para honra y hermosura

sacerdote en relación con la Iglesia de Dios, excepto Jesu-Cristo, el Sumo Sacerdote en el cielo; y todos los que somos de El formamos un sacerdocio santo y real para ofrecer sacrificios espirituales a Dios por Jesu-Cristo.

Es de notar que en los dos capítulos en Éxodo a que nos hemos referido, nada se dice del carácter moral que debía tener el sacerdote, sino de sus vestiduras. Y cuando se habla de su persona en Levítico 21, es solamente de su físico de lo que se trata. Todo esto concuerda con el carácter figurativo de estas cosas. En la Iglesia de Dios, al contrario, nada se dice de cómo deben vestirse los ministros del Evangelio. Cuando estos empiezan a dar importancia a sus vestiduras es señal manifiesta de que pierden de vista la verdadera gloria de su ministerio.

I

LAS VESTIDURAS PARA HONRA Y HERMOSURA

El grabado que acompaña representa al Sumo Sacerdote de Israel en sus vestiduras *para honra y hermosura*. Estas consistían en seis diferentes prendas, que eran: el racional, el ephod, el manto, la túnica labrada, la mitra y el cinturón (Exodo 28. 4). Estas vestiduras fueron hechas de lino fino, obra de bordador, y los colores que entraban en su confección eran los mismos que hemos visto en las cortinas del Tabernáculo, es decir: azul, púrpura y carmesí; pero en la confección de estas vestiduras se añadía oro, cosa que no se hallaba en las cortinas. Para la significación de los colores véase la página 35.

En el primer versículo del capítulo 28 leemos que Aarón y sus hijos formaban el sacerdocio, dándonos esto a entender la íntima unión que existe entre Cristo y los que somos de su familia. Luego el ver. 4 dice:

«Hagan, pues, los sagrados vestidos a Aarón tu hermano, y a sus hijos, para que sean mis sacerdotes». Así hallamos a Aarón y a sus hijos habilitados para este servicio por medio de sus vestiduras. Y estas vestiduras vienen a representar la gracia y la gloria de nuestro Redentor, el Unigénito del Padre, y declarado digno de ocupar el puesto de Sumo Sacerdote a favor de sus redimidos. Conforme con esto leemos en la Epístola a los Hebreos: «Tal Pontífice nos convenía tener: Santo, inocente, limpio, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos».

Como hemos dicho, estas vestiduras para honra y hermosura del sumo sacerdote de Israel consistían en seis diferentes prendas. Las tomaremos en el orden en que las hallamos.

La primera es *el racional* que el sacerdote llevaba sobre su pecho, y que se mantenía en su puesto por dos cadenitas de hechura de trenza de oro fino, y éstas unían, por medio de anillos de oro, el racional a las dos hombreras del ephod. Estas dos hombreras tenían sobrepuestas dos piedras oniquinas, y en ellas grabados los nombres de los doce hijos de Israel conforme a su nacimiento, seis nombres en cada una de las dos piedras. Por la parte abajo del racional había otros dos anillos correspondientes a los dos anillos del ephod, y por medio de estos anillos, y atado con un cordón azul quedaba sujeto el racional al ephod.

El racional era una especie de saco cuadrado, hecho del mismo material que el ephod. Luego había una pedrería con cuatro órdenes de piedras preciosas: tres piedras en cada orden, y estas doce piedras, todas diferentes, en sus propios encajes de oro, tenían grabados en ellas los nombres de los doce hijos de Israel según sus tribus. Léase el texto: Éxodo 28. 16-21. Referente al racional, el texto dice: «lo llenarás de pedrería» etc. Entendemos por la palabra *llenarás* aquí, no

que se llenó el saco metiendo la pedrería en él, sino que toda la parte delantera del saco se llenó de la pedrería sin dejar espacio desocupado. En el versículo 30 se emplea otra palabra en el original que indica *meter adentro*, y bien traducida en castellano: «*Pondrás* en el racional del juicio *Urim* y *Thummim*». Por el cual se entiende que estos objetos fueron puestos, o metidos, dentro del saco, o sea el racional.

En nuestro grabado del sumo sacerdote hay una evidente equivocación en cuanto al racional, pues en lugar de poner las doce piedras en cuatro órdenes o hileras, y que debían llenar toda la superficie del racional, están representadas a los cuatro bordes del racional. Es posible que el artista lo arregló de esta manera para dar lugar en el centro a las dos palabras hebreas: *Urim* y *Thummim*. En cuanto a los artículos denominados por estas dos palabras, metidos en el racional, nadie sabe ahora nada de su forma ni del material de que fueron hechos. Los nombres indican su sentido espiritual, *Luces* y *Perfecciones*. Por medio de ellos, en ciertas ocasiones, Dios daba a entender su voluntad al pueblo. Su aplicación a Jesu-Cristo es indudable; pues en El «están escondidos todos los tesoros de sabiduría y conocimiento» (Colosenses 2. 3). «En El estaba la luz». Muchos versículos vendrán a la memoria del lector de las Escrituras que hablan de nuestro Salvador como la manifestación de Dios, quien es el Padre de las luces, y cuyas perfecciones se dejaron ver en todos los pasos de Aquel que era el resplandor de su gloria.

Hemos observado como el racional se enlazaba por medio de cadenitas de oro con las dos hombreras en que había dos piedras preciosas en las cuales estaban grabados los nombres de los hijos de Israel. Esto sin duda, nos enseña como dos cosas se enlazan en nuestro Pontífice Jesu-Cristo, es decir, *la fuerza* y *el amor*, para

guardar eternamente a los suyos. Los hombros representan la fuerza para soportar; el pecho es el lugar de ternura y simpatía.

La segunda prenda de las seis, la exterior, como ya hemos dicho, se llama *el ephod*. Fué hecho de lino fino y oro y en los tres colores que vimos en las cortinas del Tabernáculo, pero en la confección de aquellas cortinas no entraba el oro. El modo de entretejer el oro con el lino se describe en el cap. 39. 3, donde dice: «Y extendieron las planchas de oro, y cortaron hilos para tejerlos entre el jacinto, y entre la púrpura, y entre el carmesí, y entre el lino con delicada obra». Así en todas partes de esta prenda se entretejía el oro que le daba fuerza y resplandor. Además, el ephod tenía un cinto o faja, que se ha de distinguir del cinturón mencionado en el ver. 4, de que diremos algo más tarde. La faja esta fué hecha del mismo material del ephod, es decir, de oro, cárdeno, púrpura y carmesí, y lino torcido. La idea que lleva la palabra hebrea que expresa faja es la de arte en la combinación de varias cosas, y aquí es de colores con el oro. Por esto Valera puso artificio, ver. 8. Era una faja labrada con mucho arte y concordaba con el ephod.

La Epístola a los Hebreos nos da la llave para abrir las maravillas encerradas en estas figuras. Para abreviar, leamos dos versículos del cap. 8. 4 y 5. «Si estuviese sobre la tierra (nuestro Pontífice) ni aún sería sacerdote, habiendo aún los sacerdotes que ofrecen los presentes según la ley; los cuales sirven de bosquejo y sombra de las cosas celestiales.» Así por la fe vemos a Jesús, nuestro Pontífice, sentado a la diestra del trono de la Majestad en los cielos. El ephod riquísimo de Aarón, con su faja de arte entretejida con el oro que por todo brillaba, era una sombra de la omnipotencia, majestad y divinidad de Aquel que fué crucificado por

flaqueza, empero vive por la potencia de Dios, y vive en favor de su amado pueblo.

La tercera prenda mencionada del sumo sacerdote es *el manto del ephod*. Es de notar que no se dice de qué fué hecho, solamente se da el color. «Harás el manto del ephod todo de jacinto,» o azul (ver. 31). Según el uso que hallamos de la palabra en otras partes de la Biblia, designa una ropa talar llevada por un rey, príncipe, o persona de dignidad. Este manto del sacerdote, en cuya descripción resalta el color, el azul del cielo cuando está sereno, parece enseñarnos el carácter de nuestro Pontífice como el inmutable y eterno amante de su pueblo redimido, quien se presenta con las bendiciones de la paz. Cuando estaba para dejar al mundo, dijo a sus discípulos: «La paz os dejo, mi paz os doy: no como el mundo la da, yo os la doy. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo.» Y resucitado de los muertos, se presenta a ellos con la misma palabra: Paz a vosotros. El es el príncipe de la paz. El apóstol Pablo, dirigiéndose a los creyentes de Tesalónica, que pasaban por mucha tribulación, dice: «Y el mismo Señor de paz os dé siempre paz en toda manera» (2.ª Tesalonicenses 3. 16). ¿Cómo se explica la paz de tantos mártires en las hogueras de la Inquisición y la de los creyentes de ahora que muchas veces se hallan en circunstancias tan adversas, sino por el hecho de que el Señor de paz les da su paz?

Además del color del manto que indica serenidad y paz, tenía abajo en sus orillas granadas de azul y púrpura y carmesí, y entre ellas campanillas de oro alrededor, cuyo sonido suave y melodioso se dejaba oír en todo el ministerio de Aarón. ¡Qué figura tan hermosa del ministerio de Jesu-Cristo!

La túnica labrada (Cap. 28. ver. 39). Esta es la cuarta prenda del sumo sacerdote. Fué hecha de lino y bordada y la primera que se le puso al vestirle (Levi-

tico 8. 7). Después de esta túnica y su cinturón se le pusieron los demás vestidos que indicaban su oficio y dignidad como ministro del santuario. Pero no podía llevar estas vestiduras para honra y hermosura, sin que tuviera puesta antes la túnica de lino bordada que representa pureza y justicia. Ahora pasando a considerar a Jesu-Cristo, le vemos en los días cuando estaba en la tierra, expuesto a toda clase de prueba y tentación, pero siempre sin pecado. Juan el Bautista dió testimonio de El en términos de mayor alabanza. Y Cristo mismo dijo: «Tengo mayor testimonio que el de Juan: porque las obras que el Padre me dió que cumpliese, las mismas obras que yo hago, dan testimonio de mí, que el Padre me haya enviado.» Y más tarde, apelando al público, preguntó: «¿Quién de vosotros me redarguye de pecado?» Judas, el traidor, que le conocía bien, por haber estado con él como discípulo suyo, confesó: «Yo he pecado, entregando la sangre inocente.» Por tres veces, el juez, Pilato, declaró: «Yo no hallo en él ningún crimen.» (S. Juan 18. 38; 19. 4 y 6.) La mujer de Pilato le envió a decir a éste: «No tengas que ver con aquel justo.» Uno de los ladrones en la cruz dijo: «Este ningún mal hizo.» El centurión, encargado de la crucifixión, dijo: «Verdaderamente este hombre era justo.» Por todas partes y en todos los terrenos la pureza de vida y el recto proceder señalan a nuestro Salvador como el Cordero inmaculado de Dios, de que la hermosa túnica de lino era una sombra.

La mitra. Esta prenda era una especie de tiara o turbante que rodeaba la cabeza, según se desprende de la palabra en el original. Era de lino fino, y como hemos tenido ocasión de observar varias veces, este material es símbolo de justicia y pureza. Las Escrituras nos enseñan que el tener la cabeza cubierta es señal de sujección a otro. Así la mitra parece enseñarnos que en todo el ministerio de nuestro Pontífice, El se

halla en perfecta sumisión a Dios, como también en perfecta justicia.

En la parte delantera la mitra tenía una plancha de oro atada por un cordón de jacinto o azul. Esta plancha de oro tenía grabadas en ella dos palabras hebreas que significan: Santidad a Jehová (véase el grabado).

¡Cuánta verdad se encierra en estas dos palabras! Por toda la vida de Jesús aquí en la tierra, lo que le guiaba en todas sus acciones era *Santidad a Jehová*.

El cinturón. Ver. 4. La palabra hebrea aquí traducida cinturón se halla solamente nueve veces en todo el Antiguo Testamento, y siempre para indicar el cinturón con que el sacerdote de Israel y sus hijos se ceñían sus túnicas, excepto en Isaías 22. 21, donde se refiere a Eliacim, y se traduce talabarte. Se distingue del cinto artificioso del ephod (Cap. 28. 8). En nuestra versión no se observa esta distinción como conviene.

El objeto del cinturón de la túnica era para fortalecer los lomos para servir. El sumo sacerdote de Israel llevaba debajo de sus vestiduras para honra y hermosura la túnica interior y, estando ceñido, se hallaba capacitado para todo su servicio. Así también el Pontífice de nuestra salud, no solamente se halla revestido de gloria y majestad, sino con justicia y fortaleza para cumplir todos los propósitos de Dios. Por haber «puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje, vivirá por largos días, y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada» (Isaías 53. 10).

II

LAS VESTIDURAS SANTAS

Levítico 16. 4.

En la página 59, damos un grabado que representa al Sumo Sacerdote de Israel vestido con sus vestiduras que se distinguen de otras por las palabras *para honra y hermosura*. Nuestras meditaciones sobre el asunto

EL SUMO SACERDOTE con las vestiduras santas

nos llevan ahora a considerarle en sus vestiduras llamadas *santas* de lino. Estas consistían en la *túnica santa* de lino, *pañetes* de lino, *el cinto*, o *cinturón* de lino, y la *mitra* de lino. Todos estos vestidos eran del mismo material, de lino; pero no hay instrucción alguna en cuanto a su hechura, mientras que la de las vestiduras *para honra y hermosura* se describe con mucho detalle. Así por no tener una descripción de la forma de estas vestiduras de lino, no podemos estar ciertos de que nuestro grabado es del todo correcto. Dos cosas resaltan a la vista en las breves palabras del versículo 4 del capítulo 16 de Levítico y son: primera, que el sacerdote debía lavar su carne con agua, y segunda, que debía vestirse de estas vestiduras de lino para cumplir dos actos solemnes: apartar las cenizas de sobre el altar del holocausto (Levítico 6. 10), y entrar en el lugar santísimo una vez al año, cuando hacía la expiación del pecado (Levítico 16. 3, 4, 23).

¡Cuán maravillosas son estas instrucciones para el cristiano cuando son recibidas como figuras de los bienes celestiales que tenemos en Jesu-Cristo nuestro Salvador! Las cenizas daban testimonio claro, no sólo de la muerte de la víctima, sino también de que había sido del todo rendida a Dios sobre el altar. En prueba de ello el sacerdote, vestido de estas vestiduras de lino, tenía que apartar las cenizas del altar y ponerlas junto al altar mismo a su lado oriental. Luego, quitadas estas vestiduras, se vestía de otras y sacaba las cenizas fuera del real a un lugar limpio (Levítico 6. 11).

Nadie puede leer el relato de la muerte de Jesús, como lo tenemos en los cuatro Evangelios, sin notar el cuidado especial que se tomó para evidenciar la certeza de su muerte. Antes de que José de Arimatea pudiese tener el cuerpo muerto de Jesús, Pilato llamó al centurión para saber si de veras era muerto, y cerciorado de la verdad, mandó entregar el cuerpo a José.

Duda no cabía del asunto. Un soldado había abierto el costado del Señor con su lanza delante de muchos testigos. Los judíos trabajaron mucho para negar la resurrección, pero nunca les pasó por la mente negar su muerte. Esta negación ha quedado para algunos incrédulos de nuestros tiempos. Pero ¡bendito sea Dios que nos ha dado tan clara luz sobre la muerte expiatoria de nuestro Salvador, y también sobre su sepultura y resurrección! El apóstol Pablo escribe a los Corintios: «Que Cristo fué muerto por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fué sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras» (1.ª Corintios 15. 3, 4).

Pero ¿por qué tantos detalles relacionados con la víctima ofrecida sobre el altar de Israel, como quién debía quitar las cenizas, cómo debía vestirse éste para el acto, dónde debía poner las cenizas por algún tiempo, y luego, vestido de otros vestidos, dónde debía finalmente depositarlas? Tanta minuciosidad no se comprende por las cosas en sí; pero consideradas como sombras y bosquejo de verdades espirituales que tenemos cumplidas en la muerte de nuestro Redentor ¡cuán gloriosas son!

El capítulo 16 de Levítico nos da otro ejemplo de maravillosos detalles referentes a la expiación del pecado que el sumo sacerdote hacía, entrando en el lugar santísimo del Tabernáculo vestido de estas vestiduras santas de lino, sin el racional precioso, sin el ephod riquísimo, sin el manto azul y sin la plancha de oro en su mitra. Las vestiduras santas de lino, sin duda prefiguran la justicia y la santidad de como nuestro Redentor entrando como el Inmaculado delante de Dios, que no tenía que ofrecer sacrificio por sí (Hebreos 7. 27), sino por los pecados de otros. No nos es posible continuar nuestra meditación sobre un asunto tan trascendental, al mismo tiempo no sabemos como dejarlo, pero reco-

mendamos al lector que tome su Biblia y lea este capítulo 16 de Levítico con el capítulo 9 a los Hebreos y particularmente los versículos 24 al 28 de este último, y verá como los dos capítulos concuerdan y se avienen como una llave hecha por una mano maestra para su cerradura. y todo para que no haya duda referente a esta gran verdad de la redención hecha por Jesu-Cristo, de que el Antiguo Testamento y el Nuevo nos dan testimonio unido.

CONCLUSIÓN

Por nuestras meditaciones breves sobre el Tabernáculo y sus vasos, construidos por Moisés según el diseño que le fué mostrado por Dios, se ve que todo se relacionaba con sacrificios de animales limpios, sin los cuales no era posible dar un paso hacía aquel Tabernáculo que simbolizaba la presencia y morada de Dios. El primer mueble que se presenta a la vista de uno que entraba en el atrio del Tabernáculo era el altar del holocausto. A su lado todos los dias se inmolaban víctimas, cuyos cuerpos o partes de ellos eran quemados sobre el altar. Una vez al año el sumo sacerdote llevaba la sangre de dos de los animales ofrecidos en sacrificio al lugar santísimo, y allí rociaba la sangre hacia la cubierta del arca, el propiciatorio. Todo el conjunto del Tabernáculo y su servicio tenia su razón de ser en la necesidad existente de algún medio por el cual se expiara el pecado del hombre para que éste tuviera paz con Dios.

Ya hemos citado varios versículos de la Biblia que claramente demuestran que aquellos sacrificios no tenían ningún valor real, que solamente eran sombras y figuras de la obra que debía hacer el Salvador del mundo cuando viniera para ofrecerse a sí mismo como el Cordero inmaculado de Dios en rescate del pecador condenado a muerte. Así los hombres de fe de aquel tiempo, entendían que los sacrificios que ofrecian, representaban al Salvador prometido por Dios en el huerto de Edén. Por cuatro mil años duraron aquellas sombras, hasta la venida del Redentor, cuando las sombras dieron lugar a la realidad. Desde entonces es predicado el Evangelio, que es el mensaje de paz de parte de Dios para todo el mundo, y todo aquel que cree en Jesu-Cristo, el unigénito Hijo de Dios, tiene

Abel y su ofrenda

Caín y su ofrenda

vida eterna como don gratuito de Dios, y jamás perecerá.

Pero una cosa muy extraña pasa, y es, que este don de Dios es despreciado, como lo fué el Salvador Jesu-Cristo cuando estuvo aquí. Y esto no es de ahora solamente. Desde el principio el hombre ha demostrado tener una aversión a la doctrina de salvación por la gracia de Dios, por los méritos de Jesu-Cristo. Caín fué el primero que demostró esta aversión a la doctrina de salvación por la muerte de otro. No creía que el pecado mereciese la sentencia de muerte; y por lo mismo su ofrenda consistió en frutos que por el sudor de su frente había hecho producir a la tierra. Desechaba la verdad de que *sin derramamiento de sangre no se hace remision de pecado.*

Su hermano Abel, al contrario, reconoció la justicia de la sentencia de muerte que venía sobre él como pecador, y trajo de los primogénitos de sus ovejas como su ofrenda a Dios. El apóstol Pablo se refiere al caso de estos dos hermanos y saca las consecuencias, cuando dice: «Por la fe Abel ofreció a Dios mayor sacrificio que Caín, por la cual alcanzó testimonio de de que era justo, dando Dios testimonio a sus presentes; y difunto aún habla por ella» (Hebreos 11. 4). La religión de Caín era una religión de obras, sin derramamiento de sangre. No daba culto a un Dios falso, pero pretendió dar un culto falso al Dios verdadero, cuando no tenía la salvación de su alma. De esta grande diferencia en la manera de entender las verdades de Dios entre los dos hermanos, resultó que Caín persiguiera y matase a su hermano. Desde entonces hasta ahora no han faltado en el mundo los que han seguido el camino de Caín.

Pero alguien dirá: ¿Cómo podía Dios aceptar la muerte de un animal en lugar de la del hombre en aquellos tiempos? Sírvanos de ilustración lo que pasa

cada día en el comercio. Un rico comerciante tiene sus caudales depositados en un banco, y debe dinero a varias personas en diferentes partes. ¿Qué hace? Escribe talones o letras de cambio, según la cantidad debida a cada acreedor, y se las envía; de este modo paga sus deudas. ¿Cómo es que el acreedor se contenta con aceptar un pedazo de papel cuyo valor intrinseco no es de cinco céntimos, en pago de diez mil pesetas, digamos? Pues sencillamente porque sabe que el comerciante en cuestion tiene en el banco a lo menos la cantidad de diez mil pesetas a disposición del hombre que presente el documento de crédito. Así es que aquel pedazo de papel vale para el hombre que lo tiene diez mil pesetas. Mas después de presentado el talón, y cobrada la cantidad escrita en él, deja de tener valor, es un pedazo de papel sin valor.

De esta manera el sacrificio de una oveja tenía en tiempos antiguos su valor, porque Dios tenia previsto un verdadero sacrificio suficiente para cubrir la necesidad inmensa de todo pecador.

Los animales ofrecidos eran como la prenda de un sacrificio divino, como la letra de cambio vale, no por lo que es en sí, sino porque hay dinero en el banco correspondiente a lo que está escrito en ella. Un sacrificio simbólico, sin el correspondiente sacrificio celestial, sería tan sin valor como un talón librado por uno que no tuviese dinero en el banco.

Así los hombres de la antigüedad, instruídos por el Espíritu de Dios, entretanto que ofrecían sacrificios de animales, esperaban la venida del Cordero de Dios prometido. Isaías profetizó de El cuando dijo: «Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros». El apóstol Pedro, después de consumado el gran sacrificio, escribió: «El cual mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros muertos al pecado, vivamos a la justicia». Y el testimonio del apóstol

Juan es, que «la sangre de Jesu-Cristo el Hijo de Dios nos limpia de todo pecado». Este sacrificio completo y glorioso jamás puede ser repetido, aunque haya sacerdotes que se jacten de sus altares y sacrificios. Pero la Palabra de Dios nos enseña que los que se apegan a un altar de la tierra en este tiempo, nada tienen que ver con el del cielo que pertenece a los que son de Cristo.

Al que nos amó, y nos ha lavado de nuestros pecados con su sangre, y nos ha hecho reyes y sacerdotes para Dios; a él sea gloria e imperio para siempre jamás. Amén (Apocalipsis 1. 5, 6).

LISTA DE LOS GRABADOS

	Págs.
El tabernáculo y su atrio	6
El altar del holocausto	13
» » » » (pequeño)	14
La fuente y su basa	17
» » » » (pequeño)	20
Las cortinas del tabernáculo	22
Las tablas del tabernáculo	26
» » » » (pequeño)	30
El lugar santo	31
La mesa del santuario	37
El candelero	41
El altar del perfume	45
El lugar santísimo	49
El arca y su cubierta	54
El sumo sacerdote con las vestiduras para honra y hermosura	59
El sumo sacerdote con las vestiduras santas	67
Caín y su ofrenda	72
Abel y su ofrenda	72

ÍNDICE

	Págs.
Prólogo	3
El tabernáculo y su atrio	7
El atrio	9
El altar del holocausto	12
La fuente y su basa	16
Las cortinas del tabernáculo	21
Las tablas del tabernáculo	25
El lugar santo	30
La mesa del santuario	36
El candelero	40
El altar del perfume	44
El lugar santísimo	48
El arca y su cubierta	53
El sumo sacerdote de Israel y sus vestiduras	58
I. Las vestiduras para honra y hermosura	60
II. Las vestiduras santas	66
Conclusión	71